La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 8 de septiembre de 1890 — Núm. 454



EL MERCADO DE FLORES EN PARÍS, cuadro de A. Lonza

SUMARIO

Texto. – *Eleonora Duse*, por José Yxart. – *El tallista de imágenes*. Cuento piadoso ilustrado, por Julio Lemaître. Traducción de F. Moreno Godino. – *La madre Ana Javouhey* (conclusión), por Lionel Radiguet. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Las fundaciones de las grandes pilas del puente de Forth*, por G. Richón – *Noticias científicas*. – *La fotografía de los colores*. – *Fisiología de las hojas de las plantas*. – SECCIÓN AMERICANA: *El Demonio de los Andes. Tradiciones históricas sobre el conquistador Francisco de Carbajal* (continuación), por Ricardo Palma. – *Toda una juventud* (continuación), por Francisco Copée. Ilustraciones de Emilio Bayard. Grabado de Huyot. – *Nuestros grabados*. – Libros enviados á esta Redacción por autores y editores. – Advertencias.

Grabados. – *El mercado de flores en París*, cuadro de A. Lonza. – Siete grabados que representan otros tantos pasajes que se describen en el artículo *El tallista de imágenes* y que llevan por título las frases textuales más adecuadas á los mismos. – *Combate en el púlpito de San Agustín de Zaragoza*, cuadro de César Alvarez Dumont. – *Eleonora Duse en sus principales creaciones*, copia de fotografías de la casa Audouard y C. – Fig. 1. Cajón del puente de Forth, en Inchgarvie. – Fig. 2. Cajones Queensferry. – Fig. 3. Pala hidráulica. – *Billete amoroso*, estatua de G. van der Straeten. – *Encantos primaverales*, cuadro de J. R. Wehle.

ELEONORA DUSE

La eminente actriz que con su portentoso genio conmovió ha poco nuestras almas y despertó delirante entusiasmo en el público de Barcelona, hállase de nuevo entre nosotros tras una ausencia corta, si la medimos con el compás del tiempo, pero penosamente larga cuando la apreciamos por la fuerza del sentimiento con que vimos partir á la incomparable artista y por el deseo vehementísimo con que hemos esperado su regreso.

La ILUSTRACIÓN ARTISTICA, que en otra ocasión honró sus columnas con el retrato y algunos apuntes biográficos de Eleonora Duse, ha querido rendir nuevo tributo de admiración á la que hoy por hoy puede considerarse como la primera de las artistas dramáticas, y para acompañar dignamente la lámina que en el presente número publicamos acudió al distinguido crítico y erudito y castizo escritor D. José Yxart en demanda de uno de esos artículos que tan justa como extendida fama le han conquistado.

Pero el artículo que con tanto empeño de él solicitábamos estaba ya hecho y había ya aparecido en el último de esa serie de deleitosos volúmenes que con tan extraordinario como merecido éxito viene periódicamente publicando el Sr. Yxart y que han llegado á ser una verdadera necesidad para los amantes de la literatura y para cuantos se interesan por el movimiento literario y artístico, cada día creciente, de nuestra capital. En efecto, *El Año pasado* que se ha publicado recientemente contiene un primoroso y concienzudo estudio de Eleonora Duse tal como nosotros lo deseábamos, en vista de lo cual hemos solicitado y obtenido del Sr. Yxart, y por tan señalado favor le damos las más expresivas gracias, autorización para reproducir los principales párrafos del citado artículo que á continuación transcribimos:

«De Eleonora Duse, únicamente sabíamos aquí que algunos periódicos extranjeros la habían llamado la *Sarah Bernhardt italiana*. Tal vez esto, ayudado de otras circunstancias transitorias, contribuyó á que la noche del estreno no gustara á todos. El selecto público perdió de pronto una ilusión; la Duse no se parecía en nada absolutamente á la actriz francesa, como no fuese en que era delgada y de talle esbelto, y se volvía de vez en cuando para que las señoras examinaran á placer la rozagante cola del vestido. Fuera de esto, aunque la artista, en las principales escenas de *Fedora*, mostró, si no el mismo vigor, la propia maestría y talento que en las sucesivas representaciones, cundió aquella primera noche el desencanto, y aun hubo muchos que dieron por fracasado el éxito de la actriz entre nosotros. Pero ¡oh caso... iba á decir singular, cuando advierto que, según mis memorias, tiene varios precedentes! El caso fué que, á la siguiente representación, en *La Dama de las camelias*, toma la Duse el desquite y triunfa de pronto produciendo unánime, sincero y arrebatado entusiasmo. Nadie comprende, nadie se explica ya el fracaso de la víspera; cada uno de los espectadores se convierte en reclamo vivo y parlero, que extiende á los cuatro puntos de la ciudad la fama de la Duse, celebrándola como artista eminente y aun, para algunos, como la mejor que hemos visto. Esta fué la voz general, salvo las excepciones de que he de hablar luego. Y desde aquella noche, no sólo quedaron asegurados como quiera el éxito de la empresa y la reputación de la actriz, sino que de mucho tiempo acá no habíamos visto otra compañía italiana favorecida del público con tal constancia. . . . .

. . . .

Pero iba diciendo que el éxito de la insigne artista italiana fué tal, que ha de recordarse por mucho tiempo. Eleonora Duse, tiene extraordinario encanto; *ángel*, lo que se llama *ángel*; su atractivo es tanto más singular cuanto que, en cierto modo, resulta inexplicable con las frases consagradas por el uso; diré más: cuanto que la actriz parece, en la mayoría de las ocasiones, indiferente y displicente, con cierta displicencia dolorida y triste que se refleja en su rostro; diré más todavía: cuanto que son y serán ciertos muchos de los reparos que sugirió á los que guardaron oculta ó explícita la impresión desfavorable de la primera noche.

¿Quiere el lector que empecemos por estos reparos? Eleonora Duse, – se ha dicho, – recita con cierta monotonía en algunos pasajes á los cuales no presta atención; dice entonces con una rapidez vertiginosa, con un martilleo singular, de martillito de platero, que golpea el oído como pulsación febril. Bueno: dice así en ocasiones, concedido.

La Duse (otra objeción) no tiene verdadera distinción de modales. La primera vez que lo oí, me pareció este reparo uno de tantos con que se alardea de independencia de juicio y se reacciona contra el aplauso común; pero declaro también sin rodeos, que luego me convencí de que había en la objeción un fondo de verdad. La actriz no tiene siempre aquella finura que sienta tan bien en algunos de los personajes parisienses que representa. A lo mejor deja caer los brazos á lo largo del cuerpo ó cuelga las manos de las solapas; en algunos arranques de ira y provocación (por ejemplo, en una escena de *Fernanda*) dobla el cuerpo, y toma una actitud de acometida que no parece la más propia del personaje.

La Duse (tercera objeción) no *compone*. Entiendo aquí por *componer*, elegir en una escena el sitio más adecuado para que resalte, con la importancia del mismo ó el cuidado en la colocación, la intervención precisa que tiene en aquella escena el personaje; guardar una actitud propia de la situación; lograr, en suma, que una vez dispuesto el escenario con propiedad, la figura se mueva de modo que ofrezca, en relación con él, una serie de cuadros vivos, y en determinados momentos, un efecto plástico en consonancia con el dramático. «De nada de esto cuida la Duse.» Es mucho conceder, pero quiero concederlo ahora. Recuerdo, por ejemplo, que en el quinto acto de *La Dama de las camelias*, suprimido, ó reducido á la menor expresión todo aquel aparato fúnebre de la tisis sentimental, la actriz, sentada en la cama, ó paseándose en silencio y como una sombra por su cuarto, disponía las cosas de modo que transmitía el espectáculo del abandono absoluto, la desventura irreparable, la muerte próxima; aquel tedio, aquella suprema laxitud y resignación que sobrecogen á veces á los enfermos, en la soledad. Recuerdo igualmente otra escena de *Odette*, en el primer acto, en que sola también la actriz, apoyada junto al *secretier* y fingiendo leer una carta, se ofrecía como la sigilosa y siniestra figura de quien se dispone al delito, acechando de reojo la ocasión. Pero, en fin, como en este instante no recuerdo más, repito que he de conceder que la Duse no *compone*; sea; se presenta y allí está: se pone á hablar y no cuida del resto, en la mayoría de los casos.

¿Hay más? Pues, resumiendo: con tódo esto, Eleonora Duse es simplemente una artista admirable, de raro talento y penetración; con todo esto, es de esos actores que en cuanto se retiran de la escena, la dejan vacía y se les echa de menos, y cuando reaparecen vuelven á comunicarnos, con sólo oirlos y verlos, un placer indefinible. Eleonora Duse tiene para causar este encanto una cualidad primordial, una exquisita y espontánea naturalidad, llevada al grado máximo, y hasta aquel punto en que el espectador se olvida completamente, pero completamente, de que esté oyendo y viendo una comedia. La pretendida y rara ilusión de que existe un muro invisible entre el proscenio y los espectadores, se logra en absoluto con la Duse; con ella no tiene nada que ver ninguna de esas leyes de la *acústica* ó la *óptica* teatral con que vemos excusar algunos esfuerzos y exageraciones, considerándolos imprescindibles para dar relieve á la actitud ó á las palabras. La actriz sale y habla, se mueve, ríe, llora, se enternece, se desespera, increpa, se mofa, suelta una frase irónica, sin que ni por casualidad, ni un solo momento, su entonación suene á falsa, ni parezca preparada, ni la frase, *subrayada* con intención, ni la exclamación ó el grito repentinos dejen de conmovernos como salidos directamente del alma; toda ella es vida, y vida naturalísima y espontánea que fluye, fluye sin parar, y sin vacilación ni tropiezo. Y para que este juicio no parezca en mí sistemático, diré más; añadiré que con él no hago más que consignar un hecho; añadiré que prescindo ahora de discutir la teoría de que no sea todo el teatro esta *ilusión escénica*. Excuso esto; digo que la Duse la produce en absoluto; consigno que con ella se apodera del ánimo del espectador y le deleita, ofrciéndose precisamente en las tablas como si él no existiera, sin dedicarle las frases intencionadas, sin elegir para él los párrafos consagrados por la atención de otros actores, sin buscar los efectos. Y como los diálogos en que interviene son ya interesantes por sí mismos, y los personajes, siendo contemporáneos, de esta naturalidad cobran vida, y el género del drama va por este camino, la actriz acaba por causarnos el placer delicioso de estar oyendo, como en visita ó en su casa, á una persona vivaz, ingeniosa, elocuente, sencilla y espontánea, que dice con extraordinario talento muy bellas cosas.

En los pasajes apasionados, su fuerza de expresión y el vigor del sentimiento subyugan completamente. Los que más resaltan ahora en mi memoria son esos diálogos de dos personas que altercan, disputan ó ventilan un interés del corazón: la escena de *Odette* y su marido, en que la primera hace valer sus derechos á ver á su hija: la escena en que Cesarina pretende engañar y seducir á su propio esposo en *La mujer de Claudio;* la escena de la confesión de su falta en *Dionisia*, la del abogado con Clotilde en *Fernanda*... ¡Cuántos espectadores se olvidaron de la actriz para atender sólo al personaje, y, absortos por completo, siguieron vertiginosamente sin reflexión alguna todos los movimientos de aquel ánimo alborotado que, con tan extraordinario calor y viveza, con tal sinceridad, con tal energía comunicativa, ora agolpaba á los ojos las lágrimas con sus sollozos y sus voces de ternura, ora aterraba con su furor malsano de mujer violenta é irónica, ora hería con sus atropelladas razones. Esta facultad nerviosa de comunicar á todos los espectadores el embebecimiento y olvido de que *aquello es comedia*, ¡nunca logrado como en el segundo acto de *Divorciémonos!:* la astucia, la travesura, los dengues de la mujer celosa, seguidos de aquel júbilo infantil, de aquella alegría creciente y arrolladora... Creciente también la fuerza expansiva y juguetona de la situación, he visto á un millar de espectadores sin pestañear, olvidarse de interrumpir el diálogo con la más pequeña muestra de aprobación, para estallar al final en unánime y triple aplauso como sacudidos sin querer por una corriente magnética.

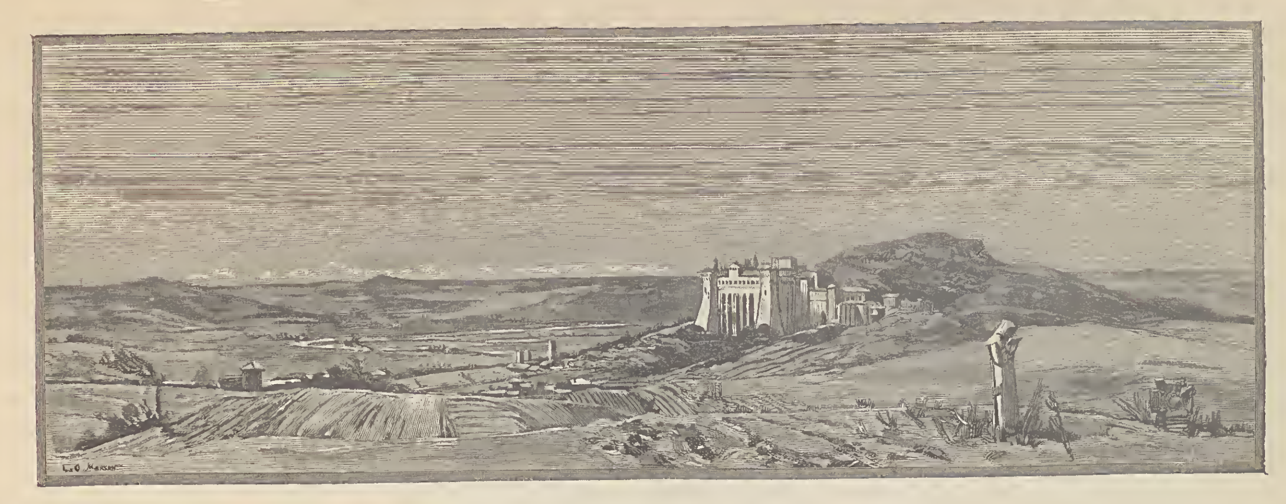
Eleonora Duse parece nacida especialmente para interpretar las damas de carácter complejo y de temperamento nervioso, – de una nerviosidad enfermiza, – del teatro francés moderno; expresa generalmente con peculiar vigor su ironía mordaz, fría y cortante, y da singular realce á los súbitos cambios de aquellas heroínas que pasan de los arranques de amor á las reservas interesadas, que son sinceras y solapadas á un tiempo, resueltas unas veces, estremecidas de miedo otras... D. Santiago Estrada, distinguido escritor argentino, reprocha á la actriz en los comienzos de su carrera su predilección por tales tipos; la invitaba á la interpretación de la gran tragedia, la de Shakespeare, con sus mujeres ideales. Ignoro si la Sra. Duse hizo alguna vez papeles de Julieta, Desdémona, Ofelia ó Jesica; pero aquí en Barcelona, de todas aquellas creaciones eligió *Cleopatra*... Y resultó que no por haberse encaramado en las cimas de la tragedia, Eleonora Duse mudó de procedimiento; resultó que *Cleopatra*, interpretada por la Sra Duse, era ni más ni menos que una *Baronesa d' Ange*, ú otra dama por el estilo.... egipcia. Y ocurrió más, y fué que semejante interpretación encajaba perfectamente con la concepción del poeta inglés. *Antonio y Cleopatra* vino á ser para nosotros, ni más ni menos que un drama moderno, con alguna mayor grandiosidad: una mezcla portentosa y rara, de grandeza heroica y de verdad común. . . . .

. . . .

Alguien ha dicho que en las obras de los grandes ingenios, suelen ir viendo un trasunto y modelo todas las escuelas y todos los gustos, conforme se suceden. Será así tal vez; quizás por esto Eleonora Duse puede interpretar á Shakespeare, con su sinceridad de siempre, con aquella interpretación compleja, nerviosa, refinada, toda de matices, veladuras y sordinas, todo lo *menos teatral* posible, de que es modelo acabado en el momento presente la insigne actriz italiana.»

Después de este juicio que expresa nuestros propios sentimientos é ideas mejor de lo que nosotros mismos podríamos expresarlos, réstanos tan sólo dar la más cordial bienvenida á Eleonora Duse, y unir nuestros aplausos á los del público entero que arrobado admira sus prodigiosas creaciones.

JOSÉ YXART



Cuentan las crónicas que en otro tiempo existió un hermoso convento...

EL TALLISTA DE IMÁGENES

CUENTO PIADOSO



CUENTAN las crónicas que en otro tiempo existió un hermoso convento edificado sobre una alta meseta, en un declive de una montaña cubierta de abetos, sobre cuyo fondo sombrío se destacaban los techos puntiagudos y las torrecillas de la santa casa. Debajo veíase un ancho valle, viñas, campos de trigo, praderas rodeadas de álamos, y á lo lejos un pueblo asentado á lo largo de un apacible río.

Los monjes de este convento eran á la vez buenos servidores de Dios, grandes sabios y excelentes labradores. Durante el día veíanse sus blancos hábitos diseminados por el campo, y á los que los llevaban, inclinados hacia la tierra para ocuparse en sus faenas, y por la tarde, cruzando de pilar en pilar por el largo claustro, entregados á sus pláticas ú oraciones.

Había entre ellos un joven religioso llamado Norberto, que era un buen constructor de imágenes. Tallando la madera, trabajando la piedra ó amasando la arcilla, que teñía de vivos colores, conseguía labrar tan bellas efigies de Jesús, de María y de los santos, que atraían á sacerdotes y personas piadosas, que desde muy lejos venían á verlas y las compraban á buen precio con objeto de adornar sus iglesias ú oratorios.

Norberto era muy piadoso, y sobre todo tenía una devoción extraordinaria por la Santa Virgen. Con mucha frecuencia permanecía horas enteras prosternado ante el altar de la Inmaculada, inmóvil, cubierto con su capuchón y dejando caer sobre las gradas los pliegues de su hábito. Además, Norberto era soñador; especialmente cuando por la tarde contemplaba el sol que se extinguía en el horizonte, poníase triste é inquieto, y hubiera querido irse lejos y ver otros sitios del mundo distintos del en que vivía.

Entonces el prior solía decirle:

– ¿Qué podríais ver en otra parte que no veáis aquí? Ved el cielo, la tierra, los elementos origen de todas las cosas; aun cuando vieseis todas estas reunidas, sólo sería una vana visión (1).

Los buenos de los monjes eran muy caritativos, y como eran ricos, llegó el día en que no hubo ni un solo pobre en los alrededores. Entonces determinaron edificar á sus expensas una magnífica iglesia cerca del convento.

Hicieron venir con este objeto muchos centenares de trabajadores. Abriéronse canteras profundas que se asemejaban á llagas de deslumbrante blancura incrustadas á los flancos de la montaña, y sacáronse de ellas innumerables trozos de piedra que fué artísticamente tallada, de suerte que todo el exterior del convento veíase envuelto en un polvo blanco como harina.

Derribáronse las más hermosas encinas y los más frondosos abetos que había en las cortadas pendientes que dominaban el monasterio para construir andamios; se les destrozó y se les elevó para formar los caballetes, de suerte que el convento parecía envuelto en un polvo amarillo como el oro.

Y allí, en medio de aquella inmensa soledad, cada trabajador tallando sus piedras entre un ruido de colmena humana, ignoraba en qué sitio de la futura catedral serían colocadas aquellas piedras, así como también si serían ó no vistas por los fieles; pero sabían muy bien que serían vistas por Dios, y todos á la par se alegraban de colaborar, cada uno por su parte, á la santa obra.

Y así, muy pronto, piedra sobre piedra, aunque con alguna lentitud, la iglesia elevóse, elevóse hacia el cielo.

Uno de los antiguos monjes del convento, muerto en olor de santidad, había escrito las siguientes palabras en un librito de meditaciones piadosas que tituló *Imitación de Jesucristo:*

«No cuestionéis sobre los méritos de los santos, porque estas pesquisas suscitan frecuentemente contestaciones inútiles, alimentando el orgullo y la vanagloria, de donde dimanan la envidia y las discusiones: de suerte que éste prefiere á tal santo y aquél á otro. La controversia de semejantes cuestiones, lejos de ser fructífera, desagrada á los santos (2).»

(1) *Imitación de Jesucristo*, I, 21.

Los buenos de los monjes faltaron á este precepto una tarde que conversaban en el terrado del convento, después del *ángelus;* y no sólo disputaban respecto al mérito de muchos santos, sino también á propósito de las tres personas de la Divina Trinidad.

Tratábase de dar advocación á la futura iglesia, y cada uno expresaba su idea, sosteniéndola con calor.

Probablemente, si no hubieran sido tan piadosos, habrían hallado mejor el disfrutar en silencio de la apacibilidad de la tarde. A corta distancia surgían las paredes en construcción del futuro santuario, agrandadas y como sumergidas en el crepúsculo, de modo que su armazón nuevo ofrecía el bello y majestuoso aspecto de las ruinas. Abajo serpenteaba el río esmaltado en plata; el oro del poniente del sol, por la parte de Oriente, daba tintas violáceas á los árboles de la llanura, y sólo á intervalos algún ladrido aislado ó algún chirriar de carretas turbaban el silencio.

El prior, hombre de experiencia y de tradición, fué el primero que dió su parecer.

– Conviene, dijo, que nuestra iglesia lleve la advocación de nuestro fundador san Onofre; pues de no ser así, los fieles creerán que puede haber mayor santo que el ilustre anacoreta, que ha instituído nuestra orden, y esto nos perjudicaría.

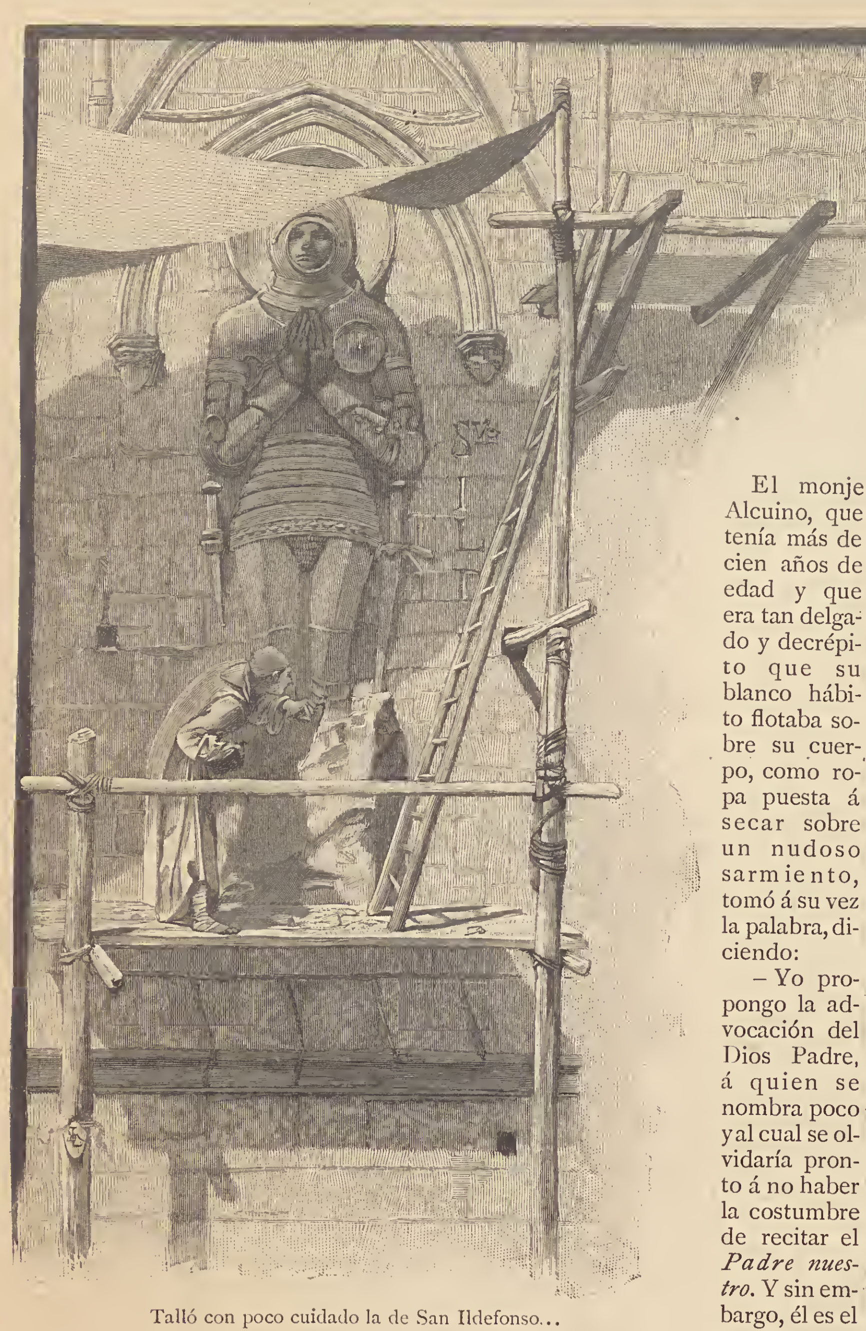
El subprior dijo:

– Los santos más venerables no son más que pálidos reflejos del Cristo, su modelo. Si queréis creerme, consagraremos esta iglesia á Jesús Nuestro Señor, del cual ha venido la salud á los hombres y de donde toda santidad procede.

(2) *Imitación de Jesucristo*, III, 58



El monje Alcuino, que tenía más de cien años de edad...


Talló con poco cuidado la de San Ildefonso...

El monje Alcuino, que tenía más de cien años de edad y que era tan delgado y decrépito que su blanco hábito flotaba sobre su cuerpo, como ropa puesta á secar sobre un nudoso sarmiento, tomó á su vez la palabra, diciendo:

– Yo propongo la advocación del Dios Padre, á quien se nombra poco y al cual se olvidaría pronto á no haber la costumbre de recitar el *Padre nuestro*. Y sin embargo, él es el que ha creado el mundo. Durante más de cuatro mil años los hombres no han tenido otro Dios; al presente le adoran muchos pueblos que no conocen á su hijo.

El monje Teobaldo se encogió de hombros. Era éste el más profundo teólogo de la abadía; nunca salía al campo y vivía en la biblioteca sepultado entre pergaminos, descifrando antiguas escrituras. Tenía fama de excéntrico por sus opiniones particulares sobre todas las cosas.

– Yo quisiera, dijo, dedicar nuestra iglesia al Espíritu Santo, porque su reino va á venir. Después de la revelación del Dios Padre á Abraham, después de la del Cristo á los Apóstoles, habrá la del Espíritu Santo. Es necesaria, porque considerad cómo está el mundo. Reinan la impiedad y la concupiscencia, y continúan condenándose la mayor parte de los hombres. El Espíritu acabará la redención: esto está anunciado en el Evangelio, y sólo falta saber leerlo...

Al oir estas palabras, el prior frunció el entrecejo, y el subprior hizo señas á Teobaldo de que se callara.

Eginardo, un monje de treinta años y de aspecto imperioso y duro, exclamó con voz fuerte:

– De buen grado elegiría para patrón de nuestra iglesia al papa san Gregorio Más poderoso que los emperadores y los reyes, comprendió que la fuerza material, que, como todo lo demás, proviene de Dios, es todavía el medio de acción más eficaz en manos de sus servidores, y que es verdaderamente caritativo el que se atreve á obligar á la humanidad á admitir su propio bien.

– Pues yo, dijo el padre jardinero, prefiero á san Fiacre, que no fué en su vida mortal más que un pobre hombre dedicado á su oficio, y que tenía el temor de Dios, pues justamente la mayor parte no somos más que pobres hombres, á quienes conviene dar ejemplo de virtudes que puedan comprender é imitar.

En este momento pasó por el sendero un labriego con su azadón al hombro. Cuando llegó al pie del terrado llamóle el prior cortésmente, y le dijo:

– Si fueras suficientemente rico para edificar una iglesia, ¿á quién la consagrarías?

El labriego contestó:

– No diré mal de Dios, ni de la Virgen María, ni de otros santos del cielo; pero si queréis saber mi intención, os digo que yo elegiría á san Cucufate: es en quien tengo más confianza, porque ha curado á mi vaca y me ha hecho encontrar tres gallinas que se me habían perdido.

Un poco después una mujer joven traspuso el recodo del sendero. Humilde, pero curiosamente vestida, llevaba un niño en los brazos y otro de la mano.

El prior la llamó cariñosamente, le hizo la misma pregunta que al labriego, y ella contestó sin vacilar:

– Yo dedicaría la iglesia á la Madre de Dios.

– ¿Por qué?

– Porque es madre.

Norberto había permanecido silencioso y pensativo, viendo desaparecer los oros y las púrpuras del sol poniente, pero cuando oyó la respuesta de la aldeana, exclamó:

– ¡Oh mujer, tienes razón!; pero yo no consagraría el templo á María madre de Dios, sino á la Virgen María, porque es inmaculada, porque no se entregó á ningún hombre, aunque tuvo compasión de todos ellos, y porque fué soberanamente pura y soberanamente dulce mereció ser la madre de Dios. Es, pues, permitido, y confieso que á mí me es particularmente agradable, el amarla sobre todo como virgen y como madre de los hombres, honrándola únicamente por su castidad y caridad.

De pronto el ecónomo del convento, hombre grueso, colorado, de cara larga y ojos vivos, adelantóse hacia el corro que formaban los monjes.

– Padres míos, dijo, si queréis creerme, no debemos dedicar nuestra iglesia, ni á Dios Padre, ni á Dios Hijo, ni al Espíritu Santo, ni á san Gregorio, ni á san Onofre, ni á san Fiacre, ni á san Cucufate, sino, si esto no os desagrada, al bueno de san Ildefonso.

– ¿Por qué razón, padre ecónomo?, preguntó el prior.

– Porque este es el nombre del noble duque de quien somos vasallos; esto le complacerá, y le hará desistir quizá de expoliarnos bajo pretexto de que somos ricos. Conviene atraerse á los poderosos, si se puede, por medio de procedimientos corteses; porque los tiempos están malos, y ya se empieza á tener menos miramientos con las gentes de iglesia y con los pobres religiosos.

– Pero vuestro san Ildefonso no es un santo muy notable, observó el monje Eginardo. ¿Qué ha hecho, qué se sabe de él?

– Poca cosa, en verdad; pero hay seguridad de que fué por lo menos un hombre de bien, puesto que figura en el calendario.

– Eso nada prueba, refunfuñó el monje Teobaldo.

– En fin, repuso el padre ecónomo, me parece que para nosotros debe ser el más grande el que mejor pueda servirnos. Por otra parte, todo templo es de Dios ante todo; esto se cae de su peso, y además, el que elijáis el patronato del santo cuyo nombre lleva nuestro digno soberano, no os impedirá adornar vuestra iglesia con las imágenes de la Santísima Virgen y de todos los santos que os plazcan.

Después de una discusión bastante viva, se decidieron por el parecer del padre ecónomo, conviniendo en que la estatua de san Ildefonso se colocara sobre la puerta principal de la nueva iglesia, un poco más arriba la de la Virgen María y sobre la punta de la cornisa la de Jesús crucificado.

Norberto fué el encargado de esculpir estas tres imágenes. Talló con poco cuidado la de san Ildefonso, pues no sabía con toda precisión qué profesión había ejercido el santo, é hizo de él un caballero con objeto de agradar al señor duque, revistiéndole de una armadura de hierro y juntando con exactitud sobre el pecho los enormes dedos de sus manos, cubiertas de guanteletes. Esta obra quedó pronto terminada.

Después esculpió en un trozo de granito un crucifijo de cuatro toesas de altura, descarnado, sangrando del costado, las rodillas parecidas á cabezas de muertos, con agujeros en los sobacos por causa de la tensión de los brazos, con hilos de sangre que se cruzaban por todo el cuerpo y venían á reunirse en sus pies hinchados, filtrándose por entre los dedos. Verdaderamente este Cristo, con su cabeza inclinada y convulsa, parecía haber acumulado en sí la gran miseria humana, la desesperación de los muertos de hambre, el desaliento de los abandonados, las torturas de los enfermos, de los endemoniados, de los leprosos, de los que mueren en suplicio, y en fin, de todos cuantos padecen en su carne; pero al propio tiempo la santa faz revelaba la resignación y la certidumbre de la libertad y del reposo; pues mientras el cuerpo sangriento decía *sufrimiento*, la cabeza, aunque coronada de espinas, expresaba claramente *esperanza*.

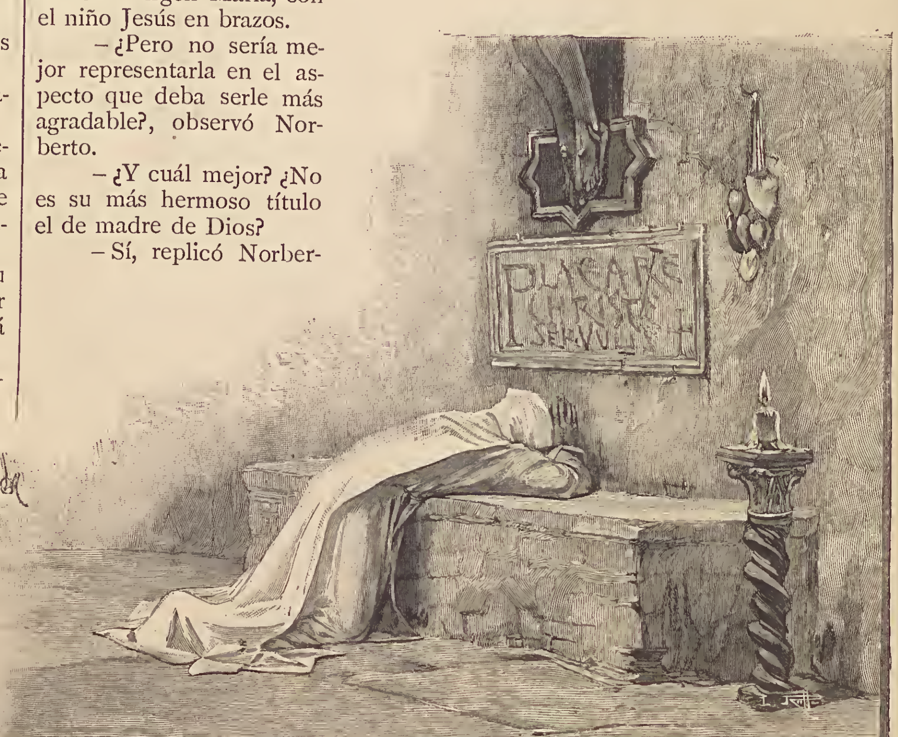
Pero aunque Norberto empleó en esta obra todos sus cuidados y toda su piedad, pensaba incesantemente en la Virgen María, cuya imagen debía tallar también, y reservaba para ella, sin decirlo, todo el esfuerzo de su arte y de su amor.

– Y bien, hijo mío, le dijo el prior, que Dios guíe vuestra mano para que nos talléis una imagen exacta de la Virgen María, con el niño Jesús en brazos.

– ¿Pero no sería mejor representarla en el aspecto que deba serle más agradable?, observó Norberto.

– ¿Y cuál mejor? ¿No es su más hermoso título el de madre de Dios?

– Sí, replicó Norber-



Y desde aquella noche demostró gran devoción hacia el Cristo Redentor...

to; pero á mi modo de ver, yo la enaltecería más, representándola, no en su gloria, sino en la actitud de las virtudes por las que la ha merecido. Si se la representa con un Dios en los brazos, aunque sea niño, ¿cómo elevar á ella nuestros ruegos sin detenerse en él? Además, ¿qué expresión puedo dar á su semblante? Me es difícil idearlo. Puede sentir por Dios los verdaderos afectos de una madre, el enternecimiento por la debilidad de aquel pequeño ser, la profunda alegría de poseerle enteramente y de protegerle; pero si ama á su hijo como verdadera madre, con ternura de carne y de sangre, paréceme que entonces no amará tanto á los hombres. Sin embargo, yo estoy persuadido de que nos ama, pues estando más cerca de nosotros que el Sér Supremo, nos comprende mejor. Hay pecados que Dios solo no perdonaría, y que quizá no tenga derecho á perdonar; pero allí está la Virgen, que le obliga á absolverlos, diciéndole: «¡Perdonad! Yo me hago responsable de sus faltas. ¡Si supierais cuán desgraciados son esos pobres hombres, cómo la materia les oprime y por lo tanto obran poco tal como desean! ¡Ah! ¡Todos ellos serían santos, si tuvieran las especiales gracias que yo he recibido!» La Virgen, pues, posee la inmensa compasión y la infinita misericordia: son su misma esencia y constituyen su verdadera gloria. Ahora yo os pregunto: ¿Puede ella tener piedad de Dios? Deseo representarla con las manos extendidas sobre los hombres, y no podría extenderlas teniendo un niño en brazos

–Hijo mío, replicó el prior, esas razones son extrañas con tendencias heréticas. Os mando que hagáis la estatua de la Virgen María tal como os he dicho.

Norberto no obedeció.

Mientras trabajó en la estatua no permitió que nadie la viese, bajo pretexto de que las observaciones de sus hermanos embrollarían sus ideas, y solo, con su sueño, talló la Virgen María tal como la había imaginado.

Alta y envuelta en grandes y flotantes pliegues, con la cabeza inclinada hacia los hombres, la Inmaculada les tendía sus dos manos abiertas que transmiten los perdones

Dicho con verdad, en aquella figura apenas se diseñaba el cuerpo, pero tenía el semblante tan bello, había en sus miradas tanta ternura, sonreía con una dulzura tan triste y la actitud de las manos prometían tanta gracia al mundo entero, que la sola contemplación de esta imagen daba ganas de rezar, de llorar y de ser santo.



Y solo, con su sueño, talló la Virgen María tal como la había imaginado

Cuando la vieron los monjes prorrumpieron en un grito de admiración, y el mismo prior hallóla maravillosamente bella; mas por causa de desobediencia á los mandatos de su superior condenó á Norberto á ayunar á pan y agua durante un mes.

La Santa Cruz, la estatua de la Virgen y la de san Ildefonso fueron colocadas en los sitios convenidos.

La iglesia se hallaba casi terminada Dos altas torres flanqueaban la puerta principal, que se asemejaba á dos haces de columnitas y de pequeños campanarios.

Norberto, poseído de ferviente celo por la casa de Dios, pasaba los días sobre la techumbre, en medio de la aérea selva de piedras, ó bien vagando por las galerías delicadamente talladas, entre los monstruos de los canalones y los arquitraves de las ojivas; llegando al extremo de que una tarde no bajó de aquellas alturas, pues quería meditar allí toda la noche y sorprender los fantásticos reflejos de la luna penetrando á través de aquellas obras arquitectónicas.

Hallábase en lo alto de una de las torres, sobre una plataforma, cuya balaustrada no estaba colocada todavía, é intentó ver si podía contemplar desde allí la efigie de su querida Virgen.

Se inclinó hacia adelante, y aunque muy lejos, creyó distinguir las dos manos que sobresalían del nicho.

Inclinóse un poco más, se le fué un pie y cayó dando un grito.

En su caída tropezó con una cornisa, botó sobre las planchas y fué lanzado sobre el friso saliente y puntiagudo, encima del cual se elevaba una cruz de piedra.

Agarróse con las dos manos á los brazos del Crucificado, y su cuerpo quedó pendiente en el vacío, á lo largo de la cruz.

Era ésta demasiado gruesa para poder abarcarla entre las rodillas, y además á Norberto se lo impedían los pliegues de su hábito blanco.

Allí, cara á cara con el Cristo, con los cabellos erizados de espanto, suplicóle humilde y desesperadamente que le salvara, y luego comenzó á gritar con todas sus fuerzas; pero los buenos de los monjes dormían con sueño tan profundo, que nadie oyó aquellos gritos.

Algunas aves nocturnas revoloteaban enfurecidas sobre la cabeza del desgraciado; los pies de éste rozaban en balde la resbaladiza piedra, buscando un punto de apoyo; sus dedos se aplastaban sobre los brazos de granito y sus uñas chorreaban sangre

Sentía un peso enorme atraerle hacia abajo, y hasta en un momento parecióle que el semblante del Cristo, iluminado por la luna, retrocedió, haciendo un gesto de desvío irónico.

Sus dedos resbalaron, soltando el asidero de piedra.

–¡Ah, Jesús, te vengas!, exclamó el desgraciado monje; ¡Virgen María, socórreme!

Y otra vez cayó.

Cayó sin hacerse mal alguno sobre las palmas de las marmóreas manos de la Virgen, que se alzaron un poco para detenerle.

Y allí quedóse dormido como un niño en su cuna.

Al ser de día despertáronse los monjes, le vieron, y subieron hasta donde estaba por medio de largas escalas Todavía dormía.

–¿Por qué me despertáis?, dijo.

No reveló á nadie los sueños que tuvo en los brazos de la Virgen ni lo que ésta habíale dicho.

Pero desde aquella noche demostró gran devoción hacia el Cristo Redentor, y vivió en la mayor santidad.

JULIO LEMAITRE

TRADUCIDO POR F. MORENO GODINO

LA MADRE ANA JAVOUHEY

(Conclusión)

Apenas reintegrado en la posesión de las partes que nos corresponden de nuestro dominio colonial, el gobierno de la Restauración demostraba la más laudable preocupación por darles el merecido valor. A este objeto firmáronse en el Senegal, en 1819 y 1821, algunos tratados con los jefes ó soberanos indígenas, y el gobernador de la colonia, M. Royer, comenzó con gran competencia la creación de explotaciones agrícolas importantes que, repartidas en cuatro cantones, tenían sus principales centros en Dagana y Richard Toll: la madre Javouhey escogió la primera de estas localidades, situada á 40 leguas de San Luis, para establecer la colonia agrícola que, bajo la dirección de las hermanas del Instituto, debía servir especialmente para someter á los indígenas de ambos sexos á la saludable costumbre del trabajo de la tierra.

No contenta con haber cooperado, durante su estancia en el Senegal, á los esfuerzos del gobernador Royer para desarrollar entre aquellos indígenas el gusto por la agricultura, al volver á Francia desplegaba toda su actividad con el objeto de obtener de la casa real los subsidios necesarios para las colonias agrícolas de Senegambia. Por lo demás, en todo lo que á la colonización se refería, los horizontes de la madre Javouhey no estaban en modo alguno limitados por el celo apostólico, como lo prueba el siguiente pasaje de su correspondencia:

«He sabido que mi hermano ha llevado á Bailleul un coche lleno de nuestras queridas hermanas, lo que me complace en extremo. Sigo creyendo que acabará por venir á establecerse en Africa con su joven esposa. Construiremos una linda aldea de buenos cristianos; esta empresa la realizaremos cuando yo regrese; entonces todo estará preparado: las cañas de azúcar habrán crecido, los naranjos y limoneros producirán frutos, las casas estarán bien edificadas, nuestros rebaños se habrán multiplicado, etc. (1).»

Hasta 1827 los establecimientos agrícolas del Senegal dieron resultados tan satisfactorios y sorprendentes que hubiera podido creerse que el problema de la regeneración de los negros por el trabajo se hallaba en vías de resolución; pero el impulso dado á esta obra por el gobernador Royer y por la madre Javouhey no debía ser bastante para asegurar la existencia de la misma. Para proseguirla con éxito hubiera sido desde entonces precisa aquella congregación de misioneros africanos con que soñara la fundadora de San José de Cluny y que no debía hacer hasta más tarde su aparición en el continente negro. Sea lo que fuere, la cesantía del gobernador Royer y las poco honradas especulaciones de ciertos colonos fueron causa de la ruina de estos primeros establecimientos agrícolas, de cuya suerte no tardó en desinteresarse la metrópoli y cuya dirección no pudieron conservar las hermanas de San José.

Esto no obstante, el benéfico prestigio del Instituto de San José y su valerosa fundadora llegó á ser tal en Africa, que el gobernador de las posesiones inglesas de Santa María de Gambia y Sierra Leona pidió á la madre Javouhey hermanas para los hospitales y para las escuelas indígenas de su colonia.

Vivamente alentada por el M. R. Guillermo Poynter, vicario apostólico de Londres, la madre Javouhey acudió en persona al llamamiento del gobernador Maccarthy. Durante su permanencia en Santa María, consideró como un deber patriótico visitar la factoría francesa de Albreda, en el río Gambia, cuyo estado distaba mucho de ser floreciente, lo que le sugirió las siguientes reflexiones:

«Espero que cuando el gobernador del Senegal venga á visitar sus factorías de la costa, pondrá remedio á todo y sabrá mejor que nadie, el partido ventajoso que puede sacarse de esta rica comarca, las mejoras que en ella pueden hacerse, etc., etc.»

Y en aquella circunstancia la buena hermana encontraba en medio de sus trabajos apostólicos suficientes ratos de ocio para hacer estrategia colonial excelente cuando, á propósito de la misma factoría, escribía en Francia:

«Paréceme un gran bien hacer este establecimiento, que será una garantía para nuestros demás establecimientos de Africa en caso de una ruptura entre los gobiernos francés é inglés.»

Después de haber permanecido tres meses en Bathurst para mejorar aquel servicio hospitalario y adoptar las medidas oportunas con el objeto de instruir á la juventud indígena, la madre Javouhey llegó el día 15 de marzo de 1823 á Sierra Leona, en donde su buen sentido se extrañó al ver los oropeles con que el recato británico había conseguido ya vestir á las negras. A sus ojos, la regeneración de los africanos no podía consistir en manera alguna en aprisionarlos en los trajes fabricados en Manchéster ó en Leeds.

Durante la estancia de la madre Javouhey en Sierra Leona, estalló allí una violenta epidemia de fiebre amarilla, que puso en peligro la vida de la religiosa, la cual contrajo el germen de la enfermedad prodigando sus auxilios á los que por ella se veían atacados. De regreso al Senegal, la fundadora de San José de Cluny se detuvo algunos meses en aquellas regiones para dirigir en persona las fundaciones del Instituto.



Agarróse con las dos manos á los brazos del Crucificado

«Al regresar á Francia, en la primavera de 1824, la R. M. Javouhey no debía volver á ver, contra todas sus esperanzas, el suelo africano. Pero siempre le cabrá la gloria de haber sido ella, simple mujer y religiosa no precedida ni acompaña por ningún sacerdote misionero, la primera que se atrevió á recorrer esas desoladas playas, desde San Luis del Senegal hasta Sierra Leona, en las costas de la Senegambia, y de haber casi echado de nuevo en estos países los cimientos del catolicismo, apoderándose de la educación de la infancia y del cuidado de los enfermos y sobre todo trabajando por su propia iniciativa en la otra capital de la formación de un clero indígena (2).»

Desde Francia, lo mismo que desde las sabanas de Guayana, la madre Javouhey no cesará un solo instante de perseguir la realización de su programa, cuyo objetivo es la regeneración de las razas africanas. Las escuelas por ella abiertas en San Luis y Gorea estaban casi exclusivamente destinadas á los hijos de los europeos y á las niñas de color, y á la fundadora de San José de Cluny no se le ocultaba que la obra del levantamiento social de la poblaciones autóctonas debía tener por punto esencial de partida el establecimiento de centros de instrucción para la juventud negra. He aquí uno los párrafos de la carta en que llamaba, en 1824, la atención del ministro de Marina y de las Colonias (3) sobre esta importante cuestión:

«Señor, la juventud me parece digna de merecer toda vuestra solicitud; sería, pues, preciso fundar para ella dos establecimientos, uno para los muchachos y otro para las jóvenes, que allí se instruirían en la religión y aprenderían las buenas costumbres y el trabajo. Es muy necesario conservar todo cuanto posible sea de estos usos sencillos que convienen al clima, y no reformar más que aquello que no sea bueno, siempre reemplazándolo por algo mejor. Habrá de transcurrir mucho tiempo antes que se vea un gran resultado; pero, en fin, importa comenzar y no descuidar nada para asegurar el éxito.»

Poco tiempo después, la madre Javouhey conferenciaba con el gobernador del Senegal, á la sazón en Francia, sobre la ejecución de sus proyectos, y algunos años después, las escuelas de jóvenes negras y los obradores estaban en plena prosperidad en muchos puntos de nuestras posesiones africanas.

Desde 1837 los hermanos del Instituto fundado en Saint-Briene por el sacerdote Juan María de La Mennais emprendían, á su vez, el camino de las colonias para trabajar en la instrucción y regeneración de los jóvenes negros, según el programa que desde

(1) *La R. M. Javouhey*, tomo I, pág. 357.

(2) *La R. M. Javouhey*, tomo I, pág. 370.

(3) M. de Clermont Tonnerre.

antigua fecha les había sido trazado por el genio filantrópico de la gran hermana misionera. Finalmente, la congregación del P. Liberman, convertida en la del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María, dirigió muy especialmente su actividad misionera hacia las regiones habitadas por la raza negra, realizando con ello uno de los más fervientes deseos de la madre Javouhey.

Si la fundadora de San José de Cluny no había de volver á trabajar en persona por la civilización de las tribus senegalesas, en cambio su reputación le valía el honor de colonizar por delegación oficial la Guayana. En efecto, después de muchas tentativas infructuosas para conseguir la colonización de ese rico territorio, el gobierno hubo de pedir auxilio á la madre Javouhey, la cual, antes de comprometerse, estudió profundamente el asunto y trazó un programa completo de lo que ella creía que debía hacerse. Aceptado su plan por el ministro de Marina y de las Colonias, la madre Javouhey, que á la sazón contaba cuarenta y ocho años, salió de Brest el día 26 de junio de 1828, al frente de una verdadera expedición, para cuyo transporte hubo que habilitar los dos buques del Estado la *Menagère* y la *Brétonne*.

Apenas llegada á Cayenne, envió algunas hermanas al barrio del Mana que en vano había tratado el gobierno de hacer prosperar, á fin de preparar lo necesario para la recepción de los emigrantes que con ella habían salido de Francia, y á partir del mes de agosto de aquel año púsose al frente de la dirección de esta colonia, dictando un notable reglamento relativo á los trabajos y á la instrucción de las colonias.

Organizadas que fueron las colonias de Mana, ausentóse de ellas la madre Javouhey durante tres meses para ir á inspeccionar las fundaciones de su Instituto en la Guadalupe y en la Martinica. La superiora general, al ver el estado próspero y los progresos de los establecimientos de San José en las Antillas, debía sentirse ampliamente indemnizada de las fatigas de tantos viajes y trabajos.

De regreso á Guayana, pensó en dar á sus fundaciones toda la amplitud que había soñado para ellas, queriendo, al parecer, vindicar á aquel territorio de la reputación injusta que se atribuía á su suelo y á su clima, y demostrar á la madre patria que la Guayana no era la isla mortífera de Cayenne, sino la sabana exuberante, el bosque de ricas esencias por donde corren el Maroni, el Kourou, el Apronage, el Mana y el Oyapock. En una de sus cartas al antiguo gobernador, cuyas tareas coloniales compartió algún tiempo allende el Atlántico, después de enumerar las excelencias de aquellas fértiles comarcas, decía: «¡Y pensar que hay en Francia tantos desgraciados que carecen de todo, que no tienen pan ni asilo! Siéntome dichosa, muy dichosa con la esperanza de ser útil á un gran número de infelices, y sobre todo de huérfanos que encontrarán aquí padres, patria y todo cuanto constituye la felicidad en la tierra.»

Hace algunos años, al volver de una misión á Guayana, adonde el gobierno le había enviado para estudiar sobre el terreno los documentos vivientes de la colonización penal, M. Leveillé, que con tanto talento desempeña la cátedra de derecho criminal de la facultad de París, rendía un tributo de admiración, que nadie tachará de parcial, al genio colonizador de la madre Javouhey, declarando en una de sus lecciones que sólo esta religiosa había ejecutado algo para hacer valer las inmensas riquezas de nuestra hermosa colonia. Pero en la Guayana, como en el Senegal, toda obra colonizadora seria debía tener por base la regeneración del negro por el trabajo; así es que cuando, después de haber estado en 1833 en Francia para atender á los asuntos generales del Instituto, regresó á Guayana en 1825, aceptó con entusiasmo la tarea de encargarse de la liberación de los negros africanos, ocupando desde entonces el primer lugar entre sus preocupaciones el mejoramiento progresivo de la suerte de la raza desheredada, objeto de su más viva predilección.

Acababa el papa Gregorio XVI de promulgar en 3 de diciembre de 1839 una circular apostólica contra el comercio de carne humana, y el gobierno francés no podía menos de comprender que los días del trabajo servil en nuestras colonias estaban contados, y que no tardaría en iniciarse la era de la crisis libertadora. Las eventualidades del período de transición se presentaban con colores sombríos ante los ojos de los hombres de Estado, á cargo de quienes estaban nuestros intereses coloniales. El gobierno, ansioso de pronósticos acerca de las consecuencias probables de la emancipación, dirigió á la madre Javouhey un cuestionario que, al decir del R. P. Delaplace, tendía principalmente á esclarecer dos puntos de suma trascendencia para el porvenir de los negros, y muy particularmente respecto á los de Mana, con referencia á los que la R. M. Javouhey contestó lo siguiente: «Que había logrado hacer entender á sus negros lo que entienden tan bien los habitantes de nuestros campos, á saber: que su patria es la tierra que les alimenta, y que creía poder afirmar que no abandonarían su existencia dulce y fácil por el tumulto y las agitaciones de una nueva posición, quizás más brillante, pero menos dichosa.»

El día 18 de mayo de 1843 la madre Javouhey se despedía para siempre de sus fundaciones de Guayana, y el 4 de agosto del mismo año volvía á pisar tierra francesa.

Desde su vuelta definitiva á Francia, sin dejar de sostener y desarrollar las primeras fundaciones continentales y coloniales del Instituto de San José, la madre Javouhey no se detuvo un instante en la marcha progresiva que era una necesidad inherente á su temperamento. Esta valerosa sentía, al parecer, una aversión supersticiosa hacia el *statu quo;* para ella, no avanzar era exponerse á retroceder. Por esto sus hermanas parten sucesivamente para Tahití, para la India francesa, para Madagascar, para las islas Marquesas, para todos los puntos del globo en donde la obra colonial de la Francia reclamaba el concurso de su abnegación.

Analizando desde un punto de vista estrictamente colonial la vida de la fundadora del Instituto de San José, hemos tenido que omitir forzosamente las pruebas, los obstáculos, las persecuciones de que hubo de triunfar.

Mucho tiempo antes de su muerte vió entrar en el campo apostólico del Africa á esa congregación de misioneros, cuya organización solicitó y deseó tan ardientemente en otros tiempos. La madre Javouhey terminó, bajo la dirección espiritual de un miembro distinguido de la congregación del Espíritu Santo y del Santo Corazón de María, su carrera apostólica, cuyos primeros pasos había guiado 50 años antes un ilustrado monje cisterciense. Un padre de la congregación del Espíritu Santo fué también el que escribió la historia de esa hermosa vida, que honra, así á la religión que la ha inspirado, como al país á cuyo servicio ha sido consagrada.

La madre Javouhey será indudablemente la figura más notable de la historia de la colonización francesa del siglo XIX: sus empresas son una elocuente refutación de esa antigua muletilla, hoy más que nunca de moda, de que *los franceses no son colonizadores*.

El alma de la fundadora de San José de Cluny, esa alma tan profundamente francesa, subsiste en sus hijas: su Instituto sigue siendo un arma poderosa que á nuestros gobernantes corresponderá saber utilizar para la grandeza colonial de Francia.

Francia, que comprende que para vivir necesita ser colonial, realizaría un acto de justicia elevando una estatua á la gran religiosa, cuya existencia y cuyas obras fueron consagradas á las colonias francesas. Semejante monumento levantado en las playas de esa rada de Brest, en donde en otro tiempo se embarcó la fundadora de San José para llevar á cabo sus lejanas campañas, reanimaría la fe colonial en los corazones franceses: la figura de la madre Javouhey, evocada por el cincel de un escultor en la punta extrema de nuestras posesiones coloniales, sería una saludable enseñanza para las futuras generaciones.

LIONEL RADIGUET

(De la *Gazette Geographique*)



Y allí quedóse dormido como un niño en su cuna



COMBATE EN EL PULPITO DE SAN AGUSTÍN DE ZARAGOZA, cuadro de César Alvarez Dumont



ELEONORA DUSE EN SUS PRINCIPALES CREACIONES, copia de fotografías de la casa Audouard y C.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS FUNDACIONES DE LAS GRANDES PILAS DEL PUENTE DE FORTH

Las fundaciones de las grandes pilas del puente de Forth han dado un nuevo ejemplo de los resultados que pueden conseguirse por medio del aire comprimido en los trabajos en que las obras de mampostería, no sólo han de verificarse á una gran profundidad debajo del agua, sino que han de estar, además, expuestas á las perturbaciones que consigo trae la acción del viento y de las mareas. El sistema más comúnmente seguido en Inglaterra para las fundaciones de puente, consiste en sumergir verticalmente cilindros de hierro fundido, en los que se dragan los materiales, lo cual determina el hundimiento, y que se llenan de betún en cuanto se ha alcanzado una capa de suficiente solidez. Este procedimiento, sin embargo, no se prestaba á la ejecución de las enormes pilas del puente de Forth; para éstas era preciso ó bien asentarlas por medio de presas abiertas al aire libre, en las que se agotara el aire, ó bien regolfar esta agua con ayuda del aire comprimido de modo que la cámara de trabajo quedara estanca. A este último sistema se recurrió por ser el único de aplicación posible, dadas las profundidades de 22 á 27 metros debajo del nivel del agua á que debía llegar la mampostería.

Fig. 1. Cajón del puente de Forth, en Inchgarvie

Cada pila se compone de cuatro elementos cilíndricos de mampostería, de 21'35 metros de diámetro en su base, diámetro que se va reduciendo á 19'80 y por último á 14'70 metros en su parte superior, de donde arrancan los pies de las pilas metálicas. El puente, como recordarán nuestros lectores, pues de él nos ocupamos en el número 432 de esta ILUSTRACIÓN, consta de tres pilas principales: una en South Queensferry, en la orilla Sur del golfo de Forth; otra intermedia en la isla de Inchgarvie (fig. 1), y la tercera en North Queensferry, en la orilla Norte.

Tres de los elementos de esta última fueron cimentados en seco; el cuarto, por estar parte en seco, parte en el agua, permitió el empleo de una presa de tablones de dique con puntales de hierro fundido que penetraban en la roca.

Los cuatro elementos de la gran pila South Queensferry están cimentados sobre cajones á profundidades que varían entre 21'60 y 27'15 metros: los trabajos fueron ejecutados por M. Coiseau, ingeniero francés.

Los cajones que han sido estudiados por los ingenieros ingleses y que presentan espesores mucho más grandes que los que actualmente se emplean en los astilleros del continente, fueron construídos en toda su altura en la orilla del South Queensferry, lanzados al agua ni más ni menos que buques remolcados y conducidos al sitio que debían ocupar, en donde se les sumergió llenándolos de betún. Cada uno comprendía una cámara de trabajo de 2'10 metros de alto, á la que iban á parar tres chimeneas, una para el descenso de los obreros y dos para bajar los útiles y subir los escombros de rocas (fig. 2). La capa de limo poco resistente que cubría el terreno sólido en un espesor de 4 á 6 metros, era disuelta por la acción de una columna de agua procedente de un depósito situado en la parte superior del cajón; la presión del aire en la cámara del trabajo bastaba para evacuarla, en parte por debajo del filo mismo del cajón y en parte por el tubo de un deyector. Debajo del limo había una capa de arcilla tan resistente que era imposible desagregarla económicamente por medio de ningún explosivo, en vista de lo cual se recurrió á una pala hidráulica, constituída por un cilindro en el que se movía un pistón que la hacía funcionar (fig. 3), para lo cual se la apoyaba en el techo de la cámara de trabajo.

El alumbrado era por lámparas eléctricas incandescentes, á fin de evitar en todo lo posible la contaminación del aire en que trabajaban los obreros. La presión llegó á ser, en algunos momentos, de tres atmósferas, y fué necesario reducir las horas de trabajo á tres por tanda. La duración del hundimiento fué de cuatro meses en los tres cajones en que el trabajo se hizo en condiciones ordinarias, y de ocho para el cuarto que sufrió un accidente por causas no imputables al contratista.

En la pila de Inchgarvie hubo que vencer una dificultad especial respecto de los dos elementos del Sur, ya que los elementos del Norte puede decirse que se cimentaron en seco: la rosa basáltica en que aquéllos debían descansar presentaba, en efecto, una pendiente considerable; el desnivel entre los dos extremos de un mismo diámetro de un cajón era de 6 metros. En tales condiciones no había que pensar en hundir el cajón por el procedimiento ordinario, puesto que una gran parte de su circunferencia se habría encontrado asentada en falso. M. Coiseau propuso é hizo adoptar un medio ingenioso, que consistía en constituir un fondo artificial con sacos de arena, de los que se emplearon 50.000 que, cargados en lanchas, fueron transportados y sumergidos, durante los períodos en que se paran las aguas para empezar la pleamar ó la baja mar, en las partes más bajas (fig. 1), en el emplazamiento del filo del cajón hasta que este nuevo suelo llegó á un metro sobre el nivel de la roca. Hecho esto, el cajón fué varado y lastrado como de ordinario: su filo se apoyaba de un lado sobre la roca y de otro sobre los sacos, al través de los cuales penetró hasta que éstos vinieron á encontrar la banqueta de un metro de anchura colocada á media altura de las cartelas de la cámara de trabajo, y como la superficie de apoyo aumentó considerablemente, la presión sobre los sacos disminuyó en proporción, y el cajón se detuvo en una posición perfectamente horizontal. Entonces los obreros pudieron bajar y volar la roca hasta que formara una superficie de apoyo horizontal, después de lo que ya no hubo más que llenar de betún la cámara de trabajo.

El hundimiento de estos dos cajones que M. Coiseau había contratado por un precio alzado y estipulando una duración de ocho meses, se llevó á cabo en seis y en condiciones de marcha perfectamente regulares.

Los trabajos por medio de aire comprimido ejecutados en el puente de Forth fueron dirigidos con tanta habilidad y prudencia, que no ocurrió ni un solo fallecimiento por accidente desgraciado. Esto no obstante, el hundimiento ha sido penosísimo á causa de la alta presión en distintas ocasiones alcanzada y de los desprendimientos de gases procedentes del terreno que, de cuando en cuando, se inflamaban, bien que sin producir detonación. Por estas razones hubo que renovar tres veces el personal, á pesar de haber reducido á tres horas la duración del trabajo y de

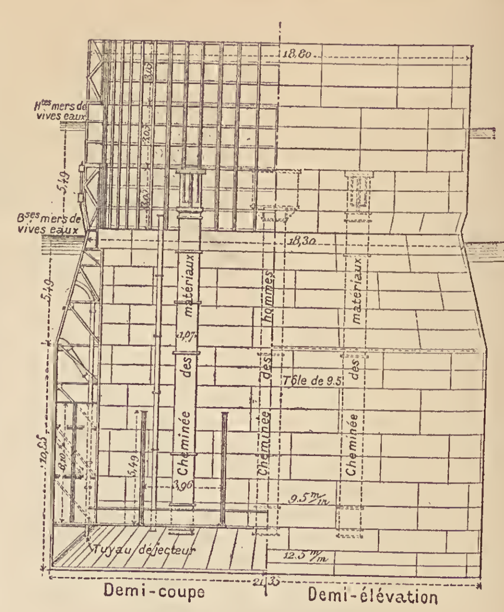


Fig. 2. Cajones Queensferry

haberse adoptado las más minuciosas precauciones para el esclusaje y para la salida de los obreros.

El éxito obtenido en la aplicación del aire comprimido á los trabajos del puente de Forth se debe á la mucha experiencia y gran habilidad de M. Coiseau, que en estas difíciles circunstancias supo representar dignamente al cuerpo de ingenieros civiles franceses.

G. RICHON



NOTICIAS CIENTÍFICAS

LA FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES. – Recientemente se ha hablado de experimentos para lograr la fotografía de los colores llevados á cabo por un operador húngaro, M. Veresz; pero ese problema dista mucho de haber sido resuelto. Las primeras observaciones acerca de la reproducción de los colores del espectro sobre el cloruro de plata fueron las que hizo en 1810 el Dr. Seebeck; más tarde, en 1839, sir J. Herschel hizo también mención de la producción de colores sobre el cloruro de plata. Los experimentos comenzados por Becquerel en 1838 no se hicieron públicos hasta 1848, luego vinieron los de Nieppe de Saint-Víctor en 1851; de Poitevin en 1866 y de Saint-Florent en 1882. Desde esta fecha muchos experimentadores han abordado el problema, pero sin éxito.

FISIOLOGIA DE LAS HOJAS DE LAS PLANTAS.—M. G. Bonnier ha estudiado la influencia de las alturas sobre el desarrollo de las plantas de una misma especie y ha podido observar que las hojas adquieren con aquéllas mayor espesor. De ello ha deducido y comprobado por los experimentos, que la descomposición del ácido carbónico es tanto más intensa cuanto más considerable es la altura.

M. Jumelle ha concebido la idea de investigar la diferencia de funciones fisiológicas que pueda existir respecto de las hojas del tipo verde y las del tipo rojo de un mismo árbol, variedades que presentan el haya, el sicomoro, etc., y ha observado que la aptitud para descomponer el ácido carbónico es enteramente distinta, hasta el punto de que en el tipo rojo apenas pasa de la sexta parte de intensidad que tiene en el tipo verde del mismo árbol.

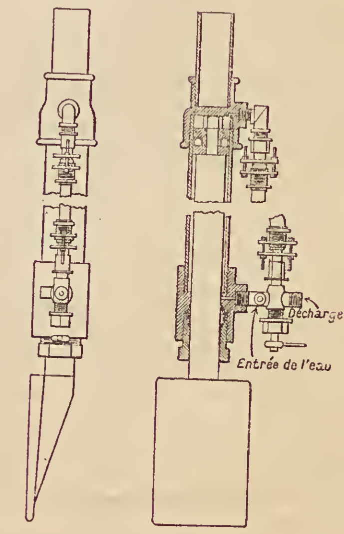


Fig. 3. Pala hidráulica

(De *La Nature*)

SECCION AMERICANA

EL DEMONIO DE LOS ANDES

TRADICIONES HISTÓRICAS SOBRE EL CONQUISTADOR FRANCISCO DE CARBAJAL

POR RICARDO PALMA

(Continuación)

VII

LAS HECHAS Y POR HACER

Andaba Francisco de Carbajal en persecución del capitán Diego Centeno, y cogiendo prisioneros á los rezagados que éste, en su precipitada fuga hacia Quilca, iba dejando.

Una mañana trajéronle sus exploradores dos de los soldados de Centeno. Era el uno hombre de marcial y noble aspecto, y el otro, reverso de la medalla, mellado de un ojo y lisiado de una pierna, parecíase á Sancho Panza en lo ruin de la figura.

Carbajal procedía siempre sumariamente con los prisioneros. Un par de preguntas, y lo demás era tarea del verdugo.

En esta ocasión empezó el *Demonio de los Andes* por interrogar al hidalgo y terminó por sentenciarlo. El prisionero, sin revelar una debilidad indigna, protestó con estas palabras:

– Guárdeme Dios, señor Carbajal, de una felonía, y no me dice la conciencia que la haya cometido para merecer la muerte á que vueseñoría me condena. En estas guerras de españoles contra españoles empecé sirviendo al rey, sin cambiar nunca de bandera.

– Entiendo, contestó Carbajal con su habitual ironía, que vuesamerced quiere dejar á sus herederos una ejecutoria limpia, y sepa que lo ahorco por hacerle favor: pues siendo vuesamerced tan leal servidor de su majestad, el rey habrá de reconocerlo así y premiará en los hijos el mérito del padre. Desengáñese que, muriendo, hace buena obra en provecho de los suyos y que de agradecérsela han. Conque así, siga á este hombre, rece un credo *cimarrón* y déjese matar sin hacer ascos.

Volviéndose luego al otro soldado, le preguntó:

– ¿Cómo te llamas, abejorro?

– Cosme Hurtado, para servir á Dios y á vueseñoría, contestó el de la ruin estampa.

Carbajal, al oir el apellido, soltó una estrepitosa carcajada, y dijo:

– ¡Hurtado! ¡Hurtado! ¡Por el alma del Condestable! Vaya un posma que no le vi más feo en cuanto de la cristiandad tengo visto! Nómbrase *hurtado* y no es bueno ni para *hallado*.

Y luego continuó:

– ¿Cuál es tu oficio?

– Curandero.

– Cierto que, por la facha, eres más sucio que un emplasto entre anca y anca. ¿Y á muchos curas?

– Cúralos Dios, que no yo.

– Agudo eres, bribón, y eso te salva, que siempre gusté de hombres despiertos. Tómote á mi servicio para que cures las caballerías de mi escuadrón, y ten presente que te perdono las hechas y por hacer.

– Vengo en ello, que vueseñoría me cautiva con su generosidad perdonándome *las hechas y por hacer*, recalcó el homólogo de Sancho.

Corriendo los meses, volvió Centeno á tomar la ofensiva y se presentó en Haurina con más de mil hombres aparejados para la batalla. Carbajal, cuyas fuerzas no excedían de la mitad, se dispuso también para el combate, confiando, no en el número, sino en la mejor disciplina y armamento de los suyos.

A pesar de las precauciones que el aguerrido maestre de campo adoptara, no pudo impedir que algunos descontentos se fugasen, la víspera de la batalla, al campo enemigo; y entre ellos encontróse Cosme Hurtado, antiguo soldado de Centeno.

Comprometida la batalla, Carbajal dió á sus doscientos arcabuceros esta voz de mando (que literalmente copiamos de varios cronistas):

– Hijos míos, no apurarse en hacer fuego, gastando en balde pólvora y plomo, y puntería á los c...s.

Y tan acertada fué la orden, que á la primera descarga quedaron fuera de combate ochenta realistas, y el pánico se apoderó de sus filas.

Perdida, pues, por Centeno la batalla, cayó nuevamente prisionero el albéitar Cosme Hurtado. Cuando lo llevaron á presencia de Carbajal, éste lo cogió de una oreja, diciéndole:

– ¡Hola, pícaro! Hoy te ahorco.

– No puede ser, señor don Francisco; que vueseñoría es hombre de palabra y empeñada la tiene para dejarme con vida, contestó con desparpajo el prisionero.

– ¡Mientes por mitad de la barba, belitre!

– Sean jueces estos caballeros. Vueseñoría me dijo un día en público, y testificarlo han más de ciento, que me perdonaba *las hechas y* POR HACER. Ahora, si vueseñoría quiere olvidarlo, ahórqueme enhorabuena, que mala será para su fama, sobre la que echará el feo borrón de no haber honrado su palabra.

– ¡Miren por dónde se apea el bellaco!, murmuró Carbajal. Y lo peor es que dice cierto, y que resguardo tiene en mi palabra de caballero.

Y el *Demonio de los Andes*, recelando que Hurtado tuviera en el estuche otras *por hacer*, lo puso en libertad, permitiéndole que fuera á unirse con los realistas que, al mando del licenciado La Gasca, se aproximaban ya á Andahuaylas.

Los españoles de aquellos tiempos, por depravados y descreídos que fuesen, llevaban hasta la exageración el cumplimiento de la palabra empeñada. Por esto se inventó, tal vez, el refrán que dice: «Al toro por las astas y al hombre por la palabra.»



BILLETE AMOROSO, estatua de G. van der Straeten

VIII

MALDICIÓN DE MUJER

Pacificado en apariencia el Perú con la muerte de Almagro el Mozo, encomendó Vaca de Castro á los capitanes Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez y Nicolás de Heredia la conquista de Tucumán y Salta. Doscientos soldados se alistaron entusiastas para acometer esta arriesgada empresa, que duró más de tres años y en la que los expedicionarios tuvieron que sostener muy sangrientas batallas con los indios y pasar hambre, miseria y peligros sin cuento.

Muerto Diego de Rojas, que llevaba el cargo de gobernador, á consecuencia de una leve herida de flecha emponzoñada, vino la discordia á enseñorearse del campo español, y la mayoría resolvió deshacerse de Francisco Mendoza, valiente mancebo á quien Rojas dejara la herencia del mando, con agravio de Gutiérrez y de Heredia.

Empeñáronse algunos de los conquistadores en que Mendoza obsequiase con un caballo de que no hacía uso á Diego Alvarez, soldado que gozaba entre ellos de gran prestigio; pero á quien el gobernador tenía sus motivos para tratar con desapego. Contestó, pues, negativamente á los pedigüeños, y agregó en tono de burla:

– Mal dueño tendría el caballo; que Diego Alvarez duerme mucho y, por dormir, no habría de cuidarlo.

Refirieron el dicho á Alvarez, quien se ofendió tanto, que en el acto organizó la conspiración, y dos noches después, acompañado de tres de sus amigos, entraba en la tienda del gobernador. Este despertó al ruido y preguntó sin alarmarse:

– ¿Quién anda ahí?

– Quién ha de ser, señor don Francisco, sino Diego Alvarez que no duerme cuando no ha menester dormir.

Y sin dar tiempo á que Mendoza saltase del lecho lo mató á puñaladas.

Aunque Nicolás de Heredia no había tenido arte ni parte en el motín, fué proclamado gobernador, y para evitar desastres tuvo mal de su grado que aceptar el cargo. Resolvió entonces volver al Perú, y con los ciento cincuenta hombres que lo seguían púsose en Santa Cruz de la Sierra, á órdenes de Lope de Mendoza, que acababa de alzar bandera contra Gonzalo Pizarro.

La historia conoce bajo el nombre de *los de la Entrada* á esos bravos soldados, calificando de heroicos su valor y sufrimientos. Y no sólo ellos sino hasta sus mujeres realizaron verdaderas hazañas; que por tales tomamos lo que escri-

ben los cronistas de Leonor de Guzmán, esposa del alférez Hernando Carmona; de Clara Enciso, compañera de Felipe Gutiérrez, y de Mari-López, la querida entonces y mujer más tarde de Bernardino de Balboa. Ocasión hubo en que mientras los hombres andaban diseminados buscando víveres, las mujeres defendieron el campamento batiéndose vigorosamente con los indios.

Francisco de Carbajal hallábase en Quito con Gonzalo Pizarro cuando se tuvo noticia de que Diego Centeno y Lope de Mendoza habían en Arequipa proclamado la causa del rey. Pizarro ordenó entonces á su maestre de campo que con trescientos hombres se dirigiese sobre los enemigos, sin darles tiempo para que organizasen elementos de resistencia.

Fué en esta campaña, prodigiosa por la rapidez de las marchas, donde Carbajal ostentó todas sus admirables dotes militares, conquistándose la reputación de gran capitán. A fuerza de hábiles maniobras estratégicas derrotó primero á Centeno; y poco después, en Pocona, territorio de Santa Cruz de la Sierra, tomó prisioneros á Lope de Mendoza y Nicolás de Heredia que, como todos *los de la Entrada*, se batieron bizarramente.

En esta batalla el mismo Carbajal salió ligeramente herido en un muslo de un tiro de arcabuz, disparado contra él por uno de sus soldados, que se había comprometido con los realistas á matar á su jefe en el fragor del combate. El astuto Carbajal disimuló por el momento, procurando que ninguno de los suyos se apercibiese de lo ocurrido; pues hacerlo público era dar alas á la traición, con desprestigio propio y de la causa. Mas no por eso renunció á la idea de castigar al delincuente.

Dejó correr una semana, y al cabo de ella hízose una tarde encontradizo con el soldado traidor, y después de hablarle afablemente, dióle la comisión de ir con pliegos al Cuzco sin pérdida de minuto. El soldado, que era dueño de algún caudal y que veía la imposibilidad de transportarlo consigo, le rogó que lo excusase.

Entonces don Francisco, sin revelar pizca de enojo, le dijo:

– Pues, camarada, que no sea lo que yo quiero, que es ir, ni lo que vos queréis, que es quedar, sino que, como entre amigos, se tome un medio que ni vayáis ni quedéis ¿Que os parece?

– Que me place, contestó el soldado. Vuesamerced discurra.

– Discurrido está. El medio es... es..., articuló Carbajal rascándose la punta de la nariz.

– ¿Cuál, don Francisco?

– Que venga Cantillana y que lo ahorque sobre tabla; y no me diga el felón que ha menester confesarse, que de eso no se le dé nada; que yo tomo por mi cuenta sus pecados, que son muchos y gordos.

Y un minuto después emprendía el infeliz viaje á la eternidad.

Cuando en Pocona le presentaron herido y prisionero á Lope de Mendoza y á su segundo Heredia, díjoles Carbajal:

– ¡Hola! ¡Hola! ¿Conque eran vuesamercedes los malandrines que habían jurado ahorcarme por su mano? Pues ahora vamos á ver quién mata á quién.

Lope de Mendoza y su compañero levantaron con altivez la cabeza y se encerraron en un silencio despreciativo. Al fin, se cansó Carbajal de apostrofarlos, sin obtener de ellos una palabra, y dirigiéndose á la puerta gritó á un oficial que pasaba:

– Alférez Bobadilla, venga acá, si es servido, y mande dar garrote á este par de bellacos, y que les corten la cabeza y tráigamelas, que holgaréme de verlas separadas del tronco.

Cumplida la sentencia, el mismo Dionisio de Bobadilla partió para Arequipa, conduciendo las dos cabezas que debían ser puestas en la picota de la ciudad.

Sabido es que Carbajal quería infinito á su ahijada Juana Leytón, mujer de Francisco Voto, un tunante que traicionó más tarde al padrino pasándose á las filas realistas. Esta Juana era una muchacha portuguesa, hija adoptiva de doña Catalina, la querida que Carbajal trajo al Perú. Juana Leytón fué siempre, cerca del indomable *Demonio de los Andes*, un ángel que salvó muchas vidas é impidió no pocas atrocidades; pues el maestre de campo no desairó jamás ruego ó empeño de su mimada Juana.

Al saberse en Arequipa la comisión que traía Bobadilla, fué Juana Leytón á la posada de éste y le dijo:

– Suplícoos, señor don Dionisio, que me hagáis merced de la cabeza de Lope de Mendoza para que yo la entierre lo mejor que pudiere, aunque no sea como ella lo merece. Mirad que de nada os sirve puesta en la picota.

– Duéleme, doña Juana, que no seáis por mi servida; que yo ni por Dios ni por sus santos tengo que desobedecer á mi Señor don Francisco y arriesgarme á que en justicia me descuartice.

Insistió la dama, lloró, ofreció plata y agotó el arsenal de recursos que para casos tales puso el cielo á disposición de la mujer. Bobadilla era lo que se llama hombre de un sí y de un no. Cansada de bregar salióse doña Juana del aposento, gritando con aire profético:

– Pues ponla muy enhorabuena, que mala será para ti, y poco vivirá quien no la viere quitar para enterrarla con mucha honra, y poner la tuya en su lugar.

Bobadilla se echó á reir del pronóstico y encaminóse á la picota con el sangriento fardo. Al desenvolver las cabezas, uno de los ayudantes del verdugo hizo un gesto de asco y dijo: – ¡Puf! ¡Y vaya si apestan!

– Mientes, pícaro, le interrumpió Bobadilla; que cabezas de enemigos huelen á ambrosía.

Cuando dos años después, vencido el *muy magnífico* Gonzalo Pizarro, cayó prisionero Dionisio de Bobadilla, mandó La Gasca que le cortasen la cabeza y la colocasen en Arequipa en el mismo sitio que había ocupado la de Lope de Mendoza, cuya memoria se honró con una gran misa fúnebre.

La verdad es que una maldición de mujer es tan atroz como una maldición de gitano; pues no parece sino que las hijas de Eva tuvieran á veces el privilegio de deletrear en el libro del porvenir.

IX

UN HOMBRE INMORTAL

Juan Morales de Abad, natural de Cuenca, en España, era por los años de 1546 uno de los ciento cincuenta valientes *de la Entrada*. Y tan orgullosos (y con justicia) estaban del mote, que lo añadieron como título de honor á su apellido, y así firmaban Diego Pérez de la Entrada, Pedro López de la Entrada, etc.

Vencidos por Francisco Carbajal en Pocona, presentóse el terrible caudillo en la tienda donde estaban heridos nueve de los soldados de la Entrada y les dijo:

– Arreglen vuesamercedes sus cuentas con la conciencia; que el herido, después de sano, habrá de serme enemigo mayor. Usarcedes, los de la Entrada, gente sois de mucho brío y de grandes humos, y debo andarme con tiento.

Aquellos heroicos soldados no desmintieron su reputación, y sin humillarse ni exhalar una queja iban entregando el cuello al verdugo.

Tocóle el turno al último de ellos, que era Juan Morales de Abad, el cual tenía la pierna derecha atravesada por una pelota de arcabuz. Fuése que su coraje hubiera desmayado al ver ajusticiados á sus ocho compañeros, ó que de suyo fuera mandria, enderezóse como Dios le ayudó, y dijo:

– Señor don Francisco, conmigo no reza el bando, que yo estoy sano y apenas si tengo un rasguño que se cura con agua de la fuente.

– Señor Morales, le contestó Carbajal, juro cierto que vuesamerced está mal herido, y así no puede dejar de morir.

– Protesto, señor don Francisco.

– Pues hermano de mi alma, la mejor protesta es que pruebe á andar, que por salvo le doy si de la puerta pasa.

Intentó el sentenciado dar un paso, y cayó exánime de dolor.

– Ahora que estáis convencido, señor Morales, continuó Carbajal, concluyamos, y que Cantillana haga su oficio.

Parece que Juan Morales, el de la Entrada, tenía gran apego á la vida, porque intentó ganar siquiera tiempo con esta súplica:

– Pues ya que ello ha de ser, concédame vuesamerced la gracia de que venga el padre Lucas á confesarme.

– ¡Valiente descuido! ¿Seguís al traidor de Lope de Mendoza y no andabais confesado? Pues así habéis de ir, que no soy yo remediador de descuidos.

Inmediatamente Cantillana le dió garrote, y dejándole la cuerda al cuello, arrojó el cuerpo al río.

Presumo que el verdugo sería novicio en la carrera, porque el ajusticiado, á quien arrastraba la corriente, volvió en sí, y haciendo un esfuerzo desesperado se arrancó la soga del pescuezo y logró pisar la orilla.

Deparóle su buena estrella que á pocos pasos estuviese la casa de Diego de Zúñiga el Talaverino, quien no sólo albergó y atendió á la curación del resucitado, sino que le alcanzó la gracia de Carbajal.

– ¡Ese hombre no tiene precio!, exclamó maravillado Carbajal. ¡No le matan balas, no lo daña el garrote, no lo sofoca la cuerda, ni lo ahoga el agua! Perdonado está, y dígale vuesamerced que lo tomo á mi servicio pero; que si lo pillo más tarde en una felonía, ya sabré encontrar forma de que muera de veras.

Juan Morales se avino muy gozoso al cambio de casaca, y fué á Carbajal y tomó plaza en la compañía del capitán Castañeda.

Entre los prisioneros que Carbajal había dado de alta en sus filas, contábanse cuarenta de los *de la Entrada*, que se concertaron en Chuquisaca con algunos de los cabildantes para asesinar al maestre de campo el día de San Miguel, empresa que habrían llevado á buen término, si dos horas antes de la convenida no hubiera sido denunciada por un soldado, Betanzos.

Don Francisco no se anduvo con pies de plomo para desbaratar el plan, y echóse á hacer prisioneros. Por el momento, muchos de los conjurados lograron fugarse; pero los pocos que cayeron fueron sin más fórmula sentenciados á muerte, dándoseles una hora de plazo para prepararse á cristiano fin.

Pocos minutos faltaban para que expirase el término, cuando entró en la tienda de Carbajal el padre Márquez, dominico á quien el maestre estimaba en mucho, acompañado de una mozuela de buenos bigotes, conocida por Mariquita la Culebra.

– Señor, por amor de Dios, que vuesamerced me oiga, dijo el fraile.

– Hable su reverencia, contestó Carbajal.

– Ya sabe vuesamerced, continuó el dominico, que Alonso Camargo es de la tierra del señor gobernador Gonzalo, y que es muy servidor de su casa. Por ende, esto de que ahora se le acusa, sin falta levantado es. Suplico á vuesamerced le perdone, que de casar ha con esta mujer, en lo cual vuesamerced hará buena obra y la sacará de pecado.

Carbajal se fijó entonces en la muchacha, la tomó la barbilla, y la dijo sonriendo.

– ¡No eres mal bocado, grandísima p ..ícara!

Y volviéndose al intercesor, añadió con sorna:

– Padre, á eso que su reverencia dice, quiérole contar un cuento. Ha de saber que en un pueblo sucedió á un hombre honrado que quiso matar al corregidor, y que éste prendióle, y sabida la verdad, condenóle. Y sacándole á justiciar los alguaciles, salió una p ..rójima, muy bellaca y muy sucia y con una cuchilladaza por la cara, dando gritos: «No maten al señor fulano y dénmelo por marido.» Y en aquella tierra era ley que cuando una hembra de esa clase pidiese por marido á un condenado á muerte, no le matasen si él quisiese casar con ella; y á los gritos que daba la mujer, pararon los alguaciles y dijeron: «Señor fulano, casaos con esta mujer y no moriréis.» Y él volvió la cabeza, y como la vió y conoció que era de las de cinturón dorado y como él era hombre honrado y caballero y de tanta presunción, contestó á los alguaciles: «Señores, ande el asno, que no quiero tal mujer.» Así que, padre reverendo, el señor Alonso Camargo, vecino y regidor del cabildo y merecedor de emparentar con duquesa, ha de decir lo que dijo aquel hombre honrado. Ello no tiene remedio y sin falta morirá, que ya otra vez perdonado lo hube. Y tú, lárgate, bribona, á pescar sin caña ni anzuelo, que anguila no te ha de faltar mientras te sobre desvergüenza.

Y Camargo y otros muchos fueron ajusticiados aquel día.

Juan Morales de Abad, después de andar una semana sin encontrar quien lo amparase, cayó en manos de la gente despachada en persecución de los fugitivos. Presentado á Carbajal, arrodillóse ante él pidiéndole gracia é intentó besarle los pies.

– ¡Cómo, señor Morales!, le apostrofó don Francisco. ¿No me pudisteis matar y queréisme ahora morder? Pues yo os prometo que aunque tengáis más vida que un gato, habéis de morir esta vez, porque para que no resucitéis os harán cuartos y ninguno llevarán al agua. Ya veremos si es obra de romanos el matar á vuesamerced.

Es popular en Chuquisaca la creencia de que ni aun hecho cuartos murió Juan Morales, pues en la noche de su suplicio desaparecieron sus restos De aquí saca el pueblo como consecuencia, que los cuartos volvieron á juntarse, y que el cuerpo de este pobre diablo pasea de noche embozado en una capa por las calles de la ciudad.

(Continuará)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard-Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Este día María le pareció al joven más seductora y hechichera que nunca, é hízole concebir sus primeras ambiciones. ¿Tendría bastante talento para salir de su obscuridad y miseria? ¿Podría ganarse fácilmente la vida, llegando á ser un famoso escritor? Después de todo, esto no era imposible. ¡Oh, entonces! ¡Con qué embriaguez pediría á aquella exquisita niña que fuera su mujer! ¡Cuán dulce sería que ella se considerase feliz y orgullosa por él! Mas por el momento era forzoso desechar estos sueños: eran ambos muy pobres; y además, ¿podría amarle María?

Muchas veces hacíase con inquietud esta pregunta. Estaba bien seguro de que en su corazón, la amistad de la infancia se había trocado en sincera ternura, en verdadero amor; pero nada podía hacerle esperar que se hubiera operado en la joven semejante transformación. Ella trataba siempre al poeta afectuosamente, pero como á buen compañero y nada más, y estaba tan poco conmovida en su presencia, como cuando en otro tiempo se parapetaban los dos detrás del canapé del papá Gerard, para desde allí cazar la gorra de pelo.

Amadeo, naturalmente, había hablado á la familia Gerard de sus trabajos literarios, y algunas veces, después de la comida dominical, agrupados en torno de la mesa cubierta de hule, en donde la vieja mamá servía el café, el joven leía á sus amigas en voz lenta y grave el poema que había compuesto durante la semana. Un pintor aficionado á los cuadros de vida íntima y á las escenas del hogar, como lo eran tan profundamente los antiguos maestros de la escuela holandesa, hubiérase conmovido al ver aquel grupo formado por los cuatro personajes enlutados. El poeta, teniendo en la mano izquierda su manuscrito y con la derecha evocando en el vacío una caricia rítmica, estaba sentado entre las dos hermanas; pero en tanto que Luisa, demasiado delgada, bastante demacrada y nada bonita, fijaba sus atentos ojos en el rostro del lector, escuchando con avidez, la hermosa María, distraída y con un gesto casi de disgusto, miraba maquinalmente á la mamá Gerard, que puesta de perfil al otro extremo de la mesa, hacía calceta, con aspecto serio y con los anteojos puestos muy abajo de la nariz.

¡Ay! Durante estas lecturas sólo Luisa exhalaba frecuentemente algún suspiro de emoción, al que á veces acompañaban las lágrimas que se asomaban á sus ojos. Ella era la única que para felicitar al poeta encontraba la palabra adecuada, probando que había comprendido y que se hallaba conmovida. María, todo lo más concedía á Amadeo, aun agitado por el recitado de sus versos, alguna que otra frase de asentimiento, como por ejemplo, «es muy bonito,» dicha por complacencia y acompañada de una vulgar sonrisa.

¿Ella, pues, no sentía la poesía? Y si algún día se casaba con él, ¿permanecería indiferente á los esfuerzos artísticos de su marido, á su vida intelectual y hasta insensible á la gloria que podría alcanzar?

¡Cuán doloroso era para Amadeo hacerse este razonamiento!

María le inspiró pronto un nuevo cuidado.

Hacía ya tres meses que Mauricio Roger estaba con su madre en Italia, y exceptuando dos cartas escritas desde Milán, al principio del viaje, en el primer arrebato de entusiasmo, Amadeo no había vuelto á saber de él. Excusaba esta negligencia de parte del perezoso Mauricio, que al marcharse habíale dicho sonriendo que no contara con su exactitud epistolar. Cada vez que iba Amadeo á casa de las señoras Gerard, María le preguntaba siempre:

– ¿Y tu amigo Mauricio, has sabido de él?

En un principio esto no le llamó la atención; pero tanta persistencia concluyó por chocarle, haciendo nacer en su corazón una sospecha que á la larga tomó consistencia en vista de la frialdad de la joven.

Mauricio Roger sólo había hecho dos ó tres visitas á la familia Gerard, en vida del padre y siempre en compañía de Amadeo; y había estado con María correctamente respetuoso, sin que entre ambos se hubieran cruzado arriba de veinte frases. ¿Por qué María conservaba un recuerdo tan particular de aquel casi desconocido? ¿Era posible que la hubiera dejado tan impresionada, inspirándola quizá otro sentimiento? ¿Esperaba ella su vuelta? ¿Deseaba volver á verle? ¿Ocultaba dentro de su corazón, pensando en él, una tierna esperanza?

Cuando estos temores cruzaban por el pensamiento de Amadeo, sentía turbado el corazón y amarga la boca. ¡Dichoso Mauricio, que no necesitaba para agradar más que presentarse! ¡Oh! En seguida el generoso poeta, rojo de vergüenza, rechazaba este movimiento de envidia; pero cada domingo, cuando María, bajando los ojos y con voz ligeramente alterada, renovaba su pregunta: «¿Y M. Mauricio, no has sabido de él?,» Amadeo sentía una cruel sensación de desaliento y pensaba con inmensa tristeza:

«¡No me amará nunca!»

Con objeto de olvidar este nuevo disgusto, quiso sumergirse aún más profundamente en el trabajo; pero no recobró su estímulo, su energía de antes. A través de los nublados y de los intervalos de sol del mes de marzo que acababa, llegó la primavera, y cuando Amadeo se levantaba á las seis de la mañana, era ya muy de día. Abriendo la ventana de su pobre vivienda, admiraba por encima del techo de los edificios el claro sol elevándose en un cielo de color gris suave. Del jardín del convento que estaba cerca subía un agradable olor de hierba y de tierra húmeda. En la calle de árboles que conducía al nicho de una virgen de yeso de la pared frontera, sentíase, por decirlo así, un presentimiento de verdor en las ramas de los tilos, todavía negras, y los tres almendros de una huerta cercana estaban ya adornados de sus delicadas flores. El joven poeta, á quien causaba horror el goce sensual, apenas furtivamente conocido, hallábase

invadido por una languidez abrumadora y sin embargo dulce. La pura imagen de María, á la que evocaba habitualmente al despertarse como una oración, hacíase confusa y se evaporaba de su memoria. Sentábase uno ó dos minutos á su mesa de estudio y releía las últimas líneas de una página empezada; pero pronto sentíase vencido por una especie de indolencia ó decaimiento de ánimo, y en la meditación á que se entregaba, decíase que á los veinte años, antes que todo, sería muy bueno gozar de la vida.



X

Estamos á 1.° de marzo. Las lilas del Luxemburgo aparecen ya cubiertas de flores. Acaban de dar las cuatro.

Amadeo, á quien el sol y el cielo puro hacen más odiosa que de ordinario la cautividad de la oficina, se escapa antes de la hora de salida y vaga, embriagado de los efluvios primaverales, por el jardín de Médicis, alrededor del estanque en donde para recreo de los niños del barrio una brisita del Norte hace navegar toda una escuadra en miniatura.

De pronto oye que le saluda una voz estrepitosa como la murga de una fiesta campestre.

«¡Buenas tardes, Violette!»

Es Jocquelet, el futuro actor, con su nariz remangada que hiende el espacio, parecida al espolón de un acorazado de primer orden; Jocquelet, soberbio, triunfante, adornado como un brasileño, completamente afeitado; Jocquelet, la más querida esperanza de la clase de Régnier en el conservatorio; Jocquelet, que ha causado un efecto asombroso en la escena de *Las preciosas* en el último examen del trimestre, como lo declara él mismo sin inútil modestia; Jocquelet, en fin, que obtendrá de fijo el primer premio de declamación en el próximo concurso y que hará inmediatamente su primera salida en la Comedia Francesa. Todo esto lo anuncia él de un tirón, como una relación sabida de memoria, con su terrible voz de charlatán sobre carretela dorada vendiendo pasta para afilar navajas de afeitar; puntuando las frases á cada segundo y repitiendo el «yo, yo, yo, yo,» peculiar á la gente de teatro.

Amadeo sólo está á medias satisfecho de tal encuentro; porque para él, Jocquelet siempre ha sido demasiado bullicioso y le cansa. Pero después de todo, es un antiguo camarada, y por cortesía el poeta le da la enhorabuena por su primer éxito.

Mas he aquí que Jocquelet le pregunta qué hace, en qué se ocupa, cómo van sus trabajos literarios, con tal cordialidad y calor, que hace suponer que Jocquelet profesa á Amadeo una amistad grande é íntima. Pero nada de esto; Jocquelet sólo se interesa por una persona en el mundo, y esta persona se llama Jocquelet; sólo que, ó se es actor ó no. Este lo es siempre y en todas partes: en el restaurant, en el ómnibus, poniéndose los tirantes, hasta en los brazos de la mujer amada. Cuando da los buenos días al primero que encuentra, preguntándole: «¿Cómo está usted?», se expresa con tanto calor al hacer esta pregunta de innegable originalidad, que el preguntado se pregunta á su vez si tendrá aspecto de convaleciente de una larga y peligrosa enfermedad. Ahora Jocquelet se halla en presencia de un poeta joven, pobre y desconocido: ¿qué papel debe desempeñar en tal circunstancia un personaje importante como Jocquelet? Pues mostrarse benévolo con el joven, alentar su timidez, protegerle sin demasiado orgullo: tal es la situación, y Jocquelet, á fuer de buen actor, la representa con fidelidad.

¡Pobre inocente! Amadeo se conmueve en vista del amigable interés que se le demuestra, y contesta con sinceridad:

– Pues bueno, mi querido amigo, he trabajado mucho este invierno, y no estoy descontento. Creo que hago progresos; pero si supieras lo duro y difícil que es...

Iba á confiar al cómico sus dudas y sufrimientos de artista sincero; pero ya he dicho que Jocquelet sólo piensa en Jocquelet, é interrumpe bruscamente al poeta, diciendo:

– ¿Tienes, por casualidad, un poema de efecto... alguna cosa corta... ciento ó ciento cincuenta versos... algo, en fin, que pueda *decirse*... Vamos, declamarse?

Precisamente Amadeo ha puesto en limpio hoy mismo, en la oficina, una relación guerrera, un heroico episodio de Sebastopol que oyó contar al coronel Lantz en casa de la señora de Roger y que él ha reproducido en versos expresados en un sentimiento enteramente francés, de acento militar; en estrofas que huelen á pólvora y que penetran como disparos de fusil. Saca las hojas del bolsillo, llevando al cómico á la solitaria avenida de los plátanos, que conduce al naranjal del Luxemburgo, y lee á media voz el poema.

Jocquelet, á quien no falta cierto instinto literario, y que sobre todo huele un éxito para él, se entusiasma.

– Lees los versos como un poeta, es decir, muy mal, – le dice á Amadeo, – pero no importa: tu batalla tiene mucho color, y estoy pensando qué relieve puedo darla... con mi voz... Luego añade cuadrándose delante de su amigo y mirándole cara á cara:

– ¿Cómo haciendo versos como esos nadie te conoce? ¡Es absurdo! ¿Pretendes imitar á Chattertón?; eso es muy antiguo: es necesario exhibirte, darte á conocer. Yo me encargo de ello. Supongo que esta noche no tendrás nada que hacer; pues bueno, ven conmigo, y antes de las seis habré pregonado tu nombre al son de veinte trompetas, que harán resonar en todo París que hay un poeta en el arrabal de Santiago. Apuesto, especie de salvaje, á que no has puesto los pies en el café de Sevilla; pues bien, querido, allí está la primera etapa de la gloria. Aquí viene el ómnibus del Odeón. ¡En marcha! Dentro de veinte minutos nos hallaremos en el boulevard Montmartre, en donde, con una copa de ajenjo, quiero administrarte el bautismo de grande hombre.

Aturdido, arrastrado, Amadeo deja hacer al cómico y trepa con éste á la imperial del ómnibus. «Ding, ding, ding, ¿no hay correspondencia?» ¡Arrea, conductor!» El vehículo baja hacia los muelles, atraviesa el Sena y el Carrousel, pasa por delante del Teatro Francés, al que Jocquelet, pensando en su próximo estreno, amenaza con el puño exclamando: «¡nos veremos!» Y ved á ambos jóvenes saltando al asfalto del boulevard, enfrente del café de Sevilla.

No vayáis á ver hoy día esta antigua covachuela que ha cobijado á tantas celebridades políticas y literarias; pues sólo encontraríais un café del boulevard, como otro cualquiera, con grupos de usureros que cotizan el curso de los valores, y acá y allá alguna ruinosa cocotte, ó bien una criada de algún restaurant nocturno abrumada como Jézabel y muriéndose de fastidio delante de un bock de cerveza.

Pero á fines del segundo Imperio (Amadeo Violette entró allí por primera vez en 1.° de mayo de 1866), el café de Sevilla era considerado, con razón, como uno de los sitios más notables de París. Porque ha de saberse que este glorioso establecimiento ha provisto casi por sí solo de personal á nuestra tercera República... Sea usted franco, señor prefecto, que preside allá abajo, en su departamento, la apertura de los comicios agrícolas, y que hace el pavo real con el frac bordado de plata delante de una imponente línea de animales cornudos; sea usted franco, y confiese que en el tiempo aquel en que usted combatía las candidaturas oficiales, en una publicación democrática, iba al café de Sevilla, fumando en una pipa que tenía grabado su nombre en esmalte blanco sobre el ennegrecido tubo... Acuérdese usted, señor diputado que votaba en contra de los casos de exención militar; acuérdese usted que aquí mismo, mientras jugaba al dominó, peroraba furioso contra los ejércitos permanentes, acostumbrándose al bullicio de las asambleas con el estrépito del café, y se ejercitaba al mismo tiempo en las victorias parlamentarias, gritando: «¡Cerrado á *seises* y á contar!...» Usted mismo, señor ministro, á quien todavía algún portero que data del tiempo de los tiranos da el tratamiento de «Excelencia» sin que usted se incomode; usted también ha sido uno de los pilares del café de Sevilla, y parroquiano tan asiduo, que la señora del mostrador le llamaba á usted por su nombre de pila... Sí, acuérdese usted, futuro Presidente del Consejo, de que no derrochaba mucho cuando la susodicha señora sedentaria, á la cual nadie vió jamás levantarse de su sillón, porque, según un bromista, tenía las dos piernas de palo, le llamaba á usted con un ligero movimiento de cabeza, y detrás del mostrador murmuraba con cierta severidad: «Sr. Eugenio, es preciso que vaya usted pensando en pagar esa cuentecita.»

No obstante su título de poeta, Amadeo no tenía el don de profecía. Al ver á aquellos hombres, vestidos con demasiado abandono, sentados á las mesas de la acera del café de Sevilla, tomando aperitivos, el joven no pudo figurarse que se encontraba en presencia de la mayor parte de los legisladores destinados á asegurar algunos años más tarde la felicidad de Francia. A haberlo sabido, hubiera hecho respetuosamente una lista de los nombres de aquellos consumidores, consignando además lo que estaban tomando; y por consecuencia, esto hubiérale sido muy útil como medio mnemotécnico para la inteligencia de nuestras combinaciones parlamentarias, que, forzoso es convenir en ello, son algo complicadas. Por ejemplo, hubiérale sido cómodo y agradable hacer constar que la reciente ley sobre azúcares había sido votada por la mayoría compacta de ajenjos y de vermouths, ó reconocer que la última caída del Gabinete debíase atribuir sencillamente al desleal y pérfido abandono de los bittermentas y de los casís aguados.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

El mercado de las flores en París, cuadro de A. Lonza. – Reune este cuadro cuantos elementos pueden hacer agradable una pintura: la transparencia del aire propia de un hermoso día de mayo, flores de variados y preciosos esmaltes artísticamente colocadas y un grupo encantador formado por una graciosa florista, una linda niña y una elegante dama. Con estos materiales cualquier mediano artista puede hacer una obra bonita; y si ese artista en vez de ser una medianía es una notabilidad, ¡qué mucho que su obra resulte bajo todos conceptos bella!

Hemos dicho que el autor es una notabilidad, y de que no exageramos al darle este calificativo podrán responder los que recuerden *El tirador de cuchillos* que del mismo publicamos en el número 422 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Creemos que el mejor elogio que de *El mercado de flores en París* puede hacerse, es decir que parece salido del pincel de un buen pintor parisiense: esto, tratándose de un asunto tomado de la capital de Francia, no puede menos de sonar á alabanza (en este caso muy justa) aun en los oídos de quien obtiene sus más señalados triunfos en Alemania.

***

Combate en el púlpito de San Agustín de Zaragoza, cuadro de César Alvarez Dumont. – ¿Para qué describir lo que este cuadro representa? Los nombres de Zaragoza, Gerona, Bailén y tantos otros como hizo inmortales la guerra de la Independencia son el abecé de la historia patria moderna, y además de conocidos y venerados por todos los españoles han traspasado nuestras fronteras y héchose acreedores al respeto y á la admiración de los pueblos extranjeros.

Dejemos, pues, el asunto y fijémonos en el lienzo.

Dificultades al parecer insuperables ofrece al artista sintetizar en un episodio contenido en algunos metros de tela la grandiosa epopeya en que fué heroína la capital aragonesa: reducir á tan estrechos límites lo que ha merecido ocupar largas y gloriosas páginas en nuestros anales históricos, presentando dentro de aquéllos lo que podríamos llamar todo el espíritu de tan titánica lucha, es decir, la desesperación que en vez de abatir infunde mayores ánimos, el valor rayano en temeridad, la fraternidad nacida del común peligro, del común amor á la independencia, del odio común al invasor, es obra factible sólo para talentos verdaderamente excepcionales.

Nuestro distinguido compatriota ha demostrado ser uno de éstos: su hermoso cuadro expresa todo lo que apuntado dejamos, y en él á la magnitud del asunto corresponde la grandiosidad de la ejecución.

El sentimiento que el *Combate en el púlpito de San Agustín de Zaragoza* despierta en nuestros corazones de españoles, demuestra que el pintor ha sabido hallar por modo maravilloso la nota justa que ciñéndose á la verdad, sobrado sublime por sí sola para necesitar de aditamentos forjados por una fantasía más ó menos inspirada, llega al alma y hace vibrar en ella las delicadas fibras del santo patriotismo.

El Sr. Alvarez Dumont es autor de otros dos célebres cuadros, *Defensa de la torre de San Agustín de Zaragoza* y *El gran día de Gerona*, que fueron premiados con medallas de tercera y de segunda clase respectivamente en la Exposición nacional de 1884 el primero y en la de este año el segundo.

***

Billete amoroso, estatua de G. van der Straeten. – ¿Quién no adivinaría, aunque el escultor se hubiese olvidado de decirlo, que se trata de un billete de amor? Entre los múltiples géneros del arte epistolar, ¿cuál otro que el amoroso es capaz de llevar al alma esa alegría especial que tan bien se revela en la expresión del rostro de esa gentil lectora? Mírense en ella las muchachas que todavía cuentan sus años por abriles, busquen en el fondo de su corazón un recuerdo ó un presentimiento, y digan luego qué les parece la estatua de van der Straeten. A buen seguro que convendrían con nosotros en que difícilmente se puede expresar mejor la verdad de un sentimiento. Y si para la parte estética consultamos con los representantes del sexo fuerte, ¿á qué ninguno nos negará que la joven que á nuestra vista se ofrece es un portento de gracia y de belleza?

Oídas estas opiniones, ocioso nos parece solicitar el voto de los críticos: si la obra es bella, graciosa y sentida, no será de fijo porque el escultor haya cometido un desacierto, sino porque ha cumplido á maravilla las condiciones técnicas del arte sin las cuales no hay producción artística que resista al examen aun de los menos entendidos en la materia.

***

Encantos primaverales, cuadro de J. R. Wehle. – Todo lo que sea primavera, juventud y gracia atrae á los artistas, y nos lo explicamos perfectamente. El pintor alemán, como tantos otros de otros países, se ha dejado seducir por aquellos tres elementos de belleza y ha trazado una nota en grado sumo simpático, que nos comunica, al contemplarla, el mismo suave deleite que debió experimentar el autor al concebirla. Y con decir esto, creemos hacer el elogio merecido de los *Encantos primaverales*.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CÓDIGO CIVIL ESPAÑOL comentado y concordado con el derecho foral vigente en Cataluña, Aragón, Navarra y demás territorios aforados, con la Jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia y con los Códigos civiles de la mayor parte de los países de Europa y América, por D. León Bonel y Sánchez. Tomos I y II. – La publicación del Código Civil Español, iniciando una nueva era en la legislación de nuestra patria, ha abierto ancho campo á la actividad intelectual de los que conociendo á fondo por sus estudios y por su práctica cuanto á nuestra legislación se refiere, han querido imponerse la difícil cuanto honrosa tarea de analizar las prescripciones en aquél contenidas, comentarlas y concordarlas con las legislaciones forales y extranjeras. Lugar preferente entre todas las obras de esta clase publicadas merece sin disputa la que con tanto éxito viene dando á luz el digno é inteligente magistrado de esta Audiencia territorial D. León Bonel y Sánchez: completa como pocas, metódica y clara en su exposición, ajustada en sus comentarios á un espíritu de observación profundo, minuciosa y justa en sus concordancias, que revelan gran conocimiento, así de la legislación general como de las múltiples legislaciones forales que aun rigen en determinados territorios y de las principales legislaciones extranjeras, la obra del Sr. Bonel y Sánchez constituye un elemento indispensable para los que se dedican al ejercicio del derecho en todas sus manifestaciones.

Para ocuparnos de ella con la extensión y detenimiento á que su excepcional bondad la hace acreedora, necesitaríamos un espacio de que la índole de esta publicación no nos permite disponer. Nos limitaremos, pues, á consignar que el contenido de la misma corresponde con creces al vasto programa que el título lo encierra, y que bajo todos conceptos han de encontrar en ella un valioso consultor para el buen desempeño de su cometido los que á la judicatura se dedican.

Al agradecer la atención que el Sr. Bonel y Sánchez ha tenido para con LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA remitiéndonos un ejemplar de los dos tomos hasta ahora publicados de su importantísima obra, le enviamos nuestros modestos pero sinceros plácemes por el singular acierto con que la está llevando á cabo, prestando con ello señalado servicio á cuantos cultivan la ciencia del derecho y enriqueciendo con un libro de excepcional valía la literatura jurídica española.

La obra se vende en todas las librerías de Barcelona y en las principales de las demás provincias y Ultramar.

***

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

***

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

NOTICIAS VARIAS

NUEVA SECTA RUSA. – El *Swiet*, que es el periódico ruso mejor informado en todo cuanto se refiere á las provincias del vasto imperio moscovita, publicaba hace algunos días la siguiente noticia: «El país de Oufa (limítrofe del Ural) está aterrorizado por la aparición de una nueva secta: los dogmas profesados por sus adeptos son todavía desconocidos, pero se propagan con gran rapidez por las aldeas. Un hecho patente é innegable denuncia en seguida en cualquier punto la presencia de esos sectarios: en la primera noche que sigue á su aparición en una nueva localidad, los sectarios, á quienes se denomina *strigouny* ó *esquiladores*, arrancan las plumas de las aves de corral, esquilan á los carneros, cortan las colas de los caballos y hasta la barba y los cabellos de todos los borrachos que encuentran por la calle, y luego queman todos esos pelos y aventan las cenizas en medio de una gritería infernal. Los ortodoxos están alarmadísimos y suponen que la aparición de estos sectarios presagia una epidemia que ha de diezmar al pueblo ruso.»

A esta noticia añade un corresponsal de la *Revue Française*, que en todo ello nada hay que pueda causar sorpresa, porque sabido es que las sectas son una de las plagas de las campiñas rusas, y que en abundancia y variedad de las mismas, así como en lo absurdo de sus doctrinas, sólo América puede competir con la Santa Rusia, y aun América no ha llegado á la altura de los Skeptsy, esos discípulos de Orígenes que ven en las mutilaciones corporales la primera condición indispensable para alcanzar la salvación en la otra vida.

El buen pueblo ortodoxo haría bien en examinar si esos «nuevos sectarios» no están afiliados á la secta ya antigua de los comerciantes en plumas y en crines, y si esos terribles esquiladores no son simplemente ingeniosos industriales que pagan la primera materia con sustos y terrores, en vez de pagarla en moneda contante y sonante.



ENCANTOS PRIMAVERALES, cuadro de J. R. Wehle

***

LOS INGLESES EN VENEZUELA. – El conflicto anglo-venezolano relativo á la frontera de Guayana, de que hablamos en uno de nuestros anteriores números, sigue preocupando á los hombres de Estado de aquella república, que no se sienten dispuestos á sacrificar los derechos seculares de Venezuela sobre los territorios ocupados, aunque la nación usurpadora sea tan poderosa como Inglaterra.

Los ingleses, menospreciando todos los tratados, no sólo ocuparon hace cinco años los territorios que estaban en litigio y que por el convenio de 1870 debían permanecer inocupados, sino que avanzaron hasta Bazo Barima y el Amocuro, es decir, hasta las bocas del Orinoco, á fin de apoderarse de un territorio rico en minas de oro y de proclamar la libre navegación de ese último río.

Compréndese que estas pretensiones alarmen á Venezuela y á todos los Estados americanos que no han de consentir que vaya á parar á poder de los ingleses una de las principales arterias fluviales del continente sudamericano. Por fortuna las cosas no han llegado aún á este extremo, y nadie duda de que gracias á la energía del presidente Andueza Palacio, apoyado por la opinión unánime de Venezuela, el gobierno británico, reconociendo al fin los derechos durante tanto tiempo menospreciados, no tardará en dar satisfacción á las legítimas reivindicaciones del pueblo venezolano.

(De *La Nature*)

ADVERTENCIA

Creemos oportuno anunciar nuevamente á nuestros suscriptores, que, según la Advertencia inserta en la última página del número anterior, con dicho número debió repartírseles el primer tomo encuadernado de la HISTORIA DE LOS GRIEGOS; así pues, el suscriptor que no lo hubiere recibido puede reclamarlo al repartidor ó corresponsal de esta casa.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN